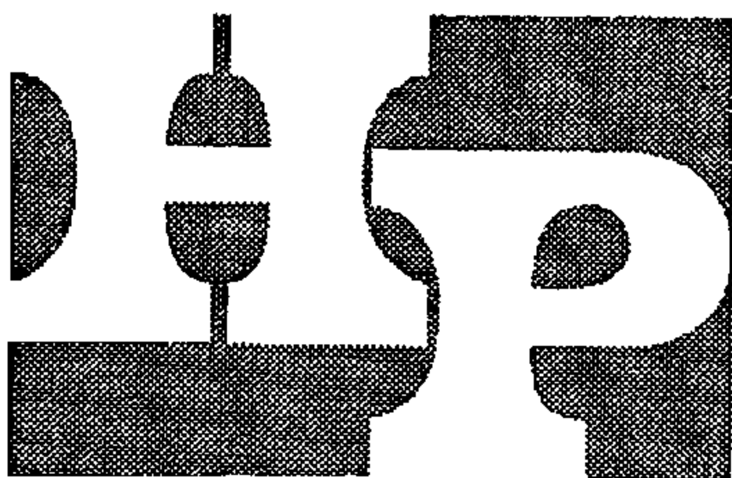


Silver Kane

SE BUSCA A UN FEDERAL





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

SE BUSCA UN FEDERAL

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 345
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 27412-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1976

© Silver Kane – 1968

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

PRIMERA PARTE

Capítulo primero

Por primera vez Ray iba a ser vencido.

Lo presentía, estaba seguro de ello desde que empezó aquella maldita aventura, aquella endiablada persecución que parecía no iba a tener fin. Desde que le dieron que Lug iba a ser su próxima víctima.

Lo recordaba perfectamente. Parecía escuchar de nuevo la orden que le dieron en Washington:

—Usted es uno de los federales más astutos que hay en la nómina del Departamento de Justicia, y sin duda el mejor tirador que tenemos ahora. Ha de acorralar y matar a Lug. ¡Mátelo! ¡No tenga ninguna piedad con él! ¡Mátelo como a un perro rabioso!

Ahora Lug estaba allí.

Frente a él, a doce pasos.

La persecución había durado tres meses exactos. Tres meses durante los cuales Ray desesperó muchas veces de que aquello llegara.

La orden era como un eco en su cerebro:

—¡Mátelo!

Muy bien, ahora iba a poder hacerlo, pero Ray sabía que, desgraciadamente, en aquel duelo a muerte vencería Lug.

El pistolero masculló:

—¿Te parece bien la distancia, Ray?

—Me parece perfecta. Doce pasos son la distancia ideal para volar la cabeza a un hombre.

—En eso tienes razón. Y te acompaña la suerte.

—¿La suerte? ¿Por qué?

—Porque te mataré al primer balazo y no tendrás necesidad de acabar como ésos.

Ladeó un poco la cabeza, señalando hacia un árbol cercano.

Ray no miró.

«Está deseando que me distraiga para disparar —se dijo—. Es eso lo que quiere, pero yo no caeré en la trampa».

No obstante, era como si estuviese viendo otra vez aquel árbol. Sabía perfectamente lo que había en él. De sus ramas colgaban dos de sus compañeros, dos federales novatos.

Lug rió sordamente.

Los sorprendí, ¿sabes? —murmuró—. Estaban de espaldas y los herí gravemente antes de colgarles. Porque yo, a mí manera, soy un justiciero.

—¿Un justiciero? —masculló Ray.

—Bueno… Eso no puede negarse. Si lo que quieren hacer conmigo es colgarme, resulta justo que yo también cuelgue. Y lo mismo me gustaría hacer contigo, pero no tendré ocasión. Tú eres de los que hay que matar a la primera bala.

Ray encajó las mandíbulas.

Nunca había deseado matar a nadie tanto como a Lug, el hombre que sembró el terror en Nevada y además ultrajó, un año antes, a la propia hermana de Ray.

El odio brillaba en los ojos del federal, Precisamente el terrible deseo de matar era lo que le ponía nervioso.

¡Si aún conservara sus fuerzas! ¡Si no fallara como la última vez!

Porque Ray sabía que no estaba en la plenitud de sus facultades. Al contrario, sentía una especie de vértigo. Tenía que hacer esfuerzos para no caer.

Su corazón fallaba.

La enfermedad había empezado a insinuarse un mes antes, en forma de dolores que le inmovilizaban un brazo y parte del pecho. Ahora había momentos en que se le nublaba la vista, en que no podía más. La última vez que se batió en desafío, una semana antes, con un pistolero novato y nervioso, el otro estuvo a punto de matarle, pese a que en circunstancias normales Ray hubiera acabado con él estando incluso medio dormido.

Lug era distinto. Lug no era un novato ni estaba nervioso. Por eso Ray tenía tanto miedo de fallar.

El vértigo se acentuaba en él. A cada momento veía las cosas de una manera más confusa.

Lug pareció notarlo, porque murmuró:

—¿A qué esperas?…

Ray arqueó un poco los dedos.

Muy bien, sería él quien diese la señal. Eso siempre representaba una ventaja.

—¡Maldito!… —aulló.

Sus dedos sujetaron la culata. Pero en el mismo momento de hacerlo comprendió que el otro sería más rápido que él.

Lug se había movido como un verdadero diablo.

El revólver centelleó en sus dedos. El fogonazo color naranja iluminó el aire antes de que Ray lograra sacar complejamente el revólver de la funda.

Noto un agudo dolor en el brazo. Tuvo que soltar el «Colt».

Lug rió secamente. No había querido matarle; sólo herirle para poder colgarle luego, como a los otros.

Ray sintió que vacilaban sus rodillas, pero aún se mantuvo en pie. Hizo un terrible esfuerzo, mientras el dolor en su pecho se acentuaba más y más cada vez.

La angustia que le producía su propio corazón era superior al dolor que le producía el balazo.

Lug se acercó poco a poco. Sus labios estaban torcidos en una mueca simiesca.

—Vaya… —susurró—. Parece que no has tenido demasiada suerte, Ray. Para ser uno de los mejores federales de que dispone el Tío Sam, lo has hecho bastante mal…

—¡Tira! —mascullό Ray.

—No… De ningún modo, muchacho. Tú vas a acabar como ésos. Tres federales en un solo día es algo que no se olvidará jamás en todo el Oeste. Y yo no quiero que se olvide.

Lo arrastró por el brazo sano, sujetándolo con las dos manos a la vez. Como el otro brazo Ray no podía moverlo en absoluto, sus posibilidades de defensa eran casi nulas.

Sin saber cómo, se encontró al pie del árbol. Las botas de sus compañeros colgando sobre su cabeza le produjeron como un espasmo de horror.

Lug tartajeó:

—Tengo que darme prisa en llegar a Carson City porque allí me espera mi amigo Sullivan. De modo que… ¡arriba!

Había puesto el lazo en el cuello de Ray, que no conseguía arrancárselo. El dolor de su pecho era cada vez más insufrible.

De pronto sintió que lo alzaban. Y con todas sus fuerzas, con toda su alma, deseó morir.

CAPÍTULO II

El hombre estaba de pie en medio de la pista, y se encontraba, por tanto, a un nivel mucho más bajo que el de los espectadores que le rodeaban, los cuales ocupaban asientos de madera dispuestos como en un circo. Sin embargo, pese a hallarse más bajo, parecía dominarles a todos con su estatura y con el aspecto impresionante de sus músculos.

—¡Son dos mil dólares para el que lo haga! —gritó—. ¿Es que no habrá entre todos vosotros un solo hombre que sea buen jinete y al mismo tiempo buen tirador? ¿Es que nadie se atreve a aceptar el desafío?

Todo el mundo guardó silencio. Aquel público de Carson City, Nevada y en el año del Señor de 1870 tenía muy poco de respetable y cualquiera de los tipos que lo componían ofrecía aspecto de participar en tres o cuatro desafíos semanales. Sin embargo, no se atrevían con éste por temor a hacer el ridículo. Otra vez el hombre que estaba en el centro de la pista gritó:

—Todos tenéis plata abundante para apostar. Carson City es una ciudad rica, donde hay dinero para todo el mundo. Podéis perder quinientos dólares, cierto, pero, también podéis ganar dos mil, para lo cual sólo es necesario hacer lo que yo haga. ¿Ninguno de vosotros se atreve?

Un hombre, zanquilargo, con las piernas torcidas como si hubiese nacido a lomos de un caballo, se descolgó de su asiento y fue poco a poco hacia el centro de la pista. Tenía aspecto de mexicano, y de su cinto colgaban dos revólveres de plata.

—Yo hago lo que tú hagas y más, rato. Y si la cosa se tercia, te bailo un zapateado encima de las narices…

Una carcajada general resonó en el recinto, situado al aire libre

bajo un magnífico sol y en las afueras de Carson City.

—¡Muy bien amigo! Tiene usted aspecto de haber nacido sobre un caballo. Mejor dicho, tiene usted aspecto de un caballo y eso sin duda le favorece. ¡Vea lo que yo hago y trate de imitarlo!

De dos ágiles zancadas se plantó en el apartadero donde se guardaba el más salvaje de los caballos bravos que había de servir para el rodeo. Saltó a la valla y montó a lomos del animal, cuyos cascos habían hecho ya profundos agujeros en la tierra. Se ajustó bien los revólveres que llevaba al cinto y gritó:

—¡Suelten!

La valla fue abierta y el caballo saltó a la pista entre una enorme ovación. Pocas veces se había visto en Carson City un animal tan brioso y tan violento, y un jinete que lo dominase tan bien. Este hombre que ahora estaba en el centro de la pista, maravillando a todos con su exhibición, había llegado a Carson City anunciándose como El Gran Baxter, el mejor pistolero de las Rocosas al Pacífico y su actuación estaba siendo seguida con un gran interés. No debía tener más de veinticinco años, pero en su rostro había la expresión del hombre que lo ha vivido todo y que ha gustado todas las cosas del mundo. Esa cara un tanto viciosa, burlona, adornada por un achulado bigote, no correspondía, sin embargo, al cuerpo de titán que había bajo ella, y que parecía el de un hombre que se hubiera pasado la vida entera talando árboles gigantes en los bosques de Montana.

Vestía ropas algo detonantes, por llamar la atención. Esas ropas le daban en cierto modo el aspecto de un hacendado mexicano de más abajo del Río Grande. Sus espuelas eran de plata, y las cachas de sus revólveres también, con adornos de marfil.

Sujetándose al lomo sólo con las rodillas, dio una vuelta entera a la pista, sobre el rabioso animal, y al pasar frente a una madera con un círculo negro para ejercitar el tiro, «sacó» con una velocidad centelleante y disparó dos veces. Las dos balas fueron al círculo negro, clavándose en él, y de todos los rincones del recinto se elevó una ovación atronadora.

El Gran Baxter se arrojó al suelo, después de los disparos y con una ágil pirueta se puso en pie. La ovación se hizo aún más atronadora. El caballo, excitado, lanzó varias rabiosas coces al aire, hasta que al fin pareció convencerse de que todo aquello era inútil y

empezó a calmarse.

El mexicano, aunque quería mostrarse sereno, había contemplado el espectáculo con la boca abierta.

—No tiene más que montar otro caballo y acertar en el blanco —dijo Baxter con una sonrisa desdeñosa—. Vea que el círculo donde tiene que colocar las balas es bastante mayor de lo normal, para recompensar un poco la dificultad que representa apuntar sobre un potro salvaje. Pero si usted es tan experto como dice lo conseguirá y ganará dos mil dólares.

—Quiero verlos —requirió el mexicano.

Baxter extrajo una bolsa de cuero del bolsillo superior de su camisa, y de esa bolsa un fajo de crujientes billetes de Banco, que depositó en manos del hombre que abría la valla.

—A ver sus quinientos.

El mexicano los entregó también, pero en piezas de oro. El mismo ayudante de Baxter los recogió y acompaño al concursante hacia el apartadero donde ya aguardaba impaciente otro caballo salvaje.

El mexicano montó de un ágil salto y gritó frenéticamente:

—¡Suelten…!

La valla fue abierta y el caballo salió disparado como una bala. Coceó al aire y se revolvió igual que un gato rabioso. El mexicano estuvo a punto de caer y tuvo que sujetarse a sus crines, lo que aún enfureció más al caballo y provocó una tempestad de risotadas entre el público. Al pasar frente al blanco el mexicano sacó su revólver e hizo fuego en el momento en que salía disparado por encima de las orejas del animal. Antes había perdido el sombrero, que trazó una parábola delante de su cabeza. ¡Y con sus propias balas se lo agujereó, dejándolo hecho una criba!

Las carcajadas fueron estentóreas. El mexicano estaba encarnado como una granada. Se puso en pie sacudiéndose el polvo, y sin volver la cabeza salió a toda prisa del redondel. Todo el mundo tuvo la sensación de que no estaría en Carson City ni siquiera una hora más. El Gran Baxter levantó los brazos e impuso silencio con enérgicos ademanes desde el centro de la pista.

—¡Espero que esto no les desanime, respetables caballeros! ¡Lo que le ha ocurrido a nuestro buen amigo el mexicano es que ha confundido el círculo negro de tiro con su sombrerito a causa de lo

sucio que estaba! ¡Pero cualquiera de ustedes puede probar a tener suerte! ¿Nadie se atreve? ¡Vamos, anímense! ¿Nadie?

Le respondió el más absoluto silencio. Y todo hacía presumir que aquella parte del espectáculo había terminado cuando una voz que sonaba cerca de la puerta dijo:

—Yo.

Todos los rostros se volvieron en aquella dirección. Un hombre joven de aproximadamente de la misma edad que Baxter, vestido como un vaquero y dueño de dos revólveres y una impresionante musculatura, era el que acababa de hablar. Parecía como si acabase de llegar en aquel momento, y desde luego, sus ropas aún estaban cubiertas por el polvo del camino. Daba la sensación de que hablaba por hablar, sin haber visto ni siquiera la última parte del espectáculo.

El Gran Baxter lo examinó de pies a cabeza, con los ojos entrecerrados.

—Muy jovencito me pareces, nene, para que quieras romperte las costillas.

—Tienes toda la razón del mundo, Baxter. Pero es que necesito dos mil dólares para pagarme un biberón.

El público lanzó una estentórea carcajada. Las facciones de Baxter se ensombrecieron.

—Tienes derecho a participar en el concurso como todo el mundo. Pero ¿qué ocurrirá si el caballo se te sienta encima?

Las carcajadas del público estaban ya a punto de llegar al paroxismo. Los pistoleros de Carson City se estaban divirtiendo aquella mañana como no se habían divertido en un año. El joven recién llegado avanzó hacia el centro del redondel y entonces las carcajadas fueron poco a poco cesando. Todos los hombres que viven de sus músculos y de su revólver tienen cierto respeto instintivo al que ven con músculos más potentes y con unos revólveres más modernos y certeros que los suyos. El joven que avanzaba ahora al encuentro del Gran Baxter era un tipo de los que no se veían con frecuencia ni aún en Carson City, la ciudad más diabólica del Oeste. Tenía las piernas largas, las caderas estrechas y una cintura que parecía muy frágil, pero que se movía y oscilaba con ese temple especial de los cables de acero. Los músculos de sus brazos y su cuello resaltaban poderosos, y en cuanto a su pecho

parecía ir a desbordar los límites de su camisa. Los revólveres que llevaba al cinto eran el último modelo de «Cok Frontier».

—¿Quieres participar en el concurso? —preguntó Baxter tras haberle mirado fijamente—. ¿Ya sabes en qué consiste? ¿Ya has visto bien lo que yo he hecho antes?

—Eso mismo lo vi en Omaha… hace tres meses —susurró el joven.

Su voz sólo fue eso: Un susurro. Estuvo destinado tan sólo a Baxter, cuyos músculos sufrieron una crispación.

—¿A que, has venido aquí, maldito federal? —Silbó—. ¿No está la ciudad bastante llena de comisarios?

—Ninguno de los comisarios te ha reconocido —musitó el joven. Ese fino bigote y esas patillas que te has dejado crecer desorientan a los hombres que sólo han visto tu dibujo en los pasquines, sin haberse enfrentado contigo personalmente. Pero yo he venido solo para seguirte, Sullivan.

—¿Cómo te llamas? —pregunto el aludido con un suave tono de voz—. ¡Quiero saber tu nombre!

—Mi nombre es Mallory —declaró el joven.

Habían hablado un par de minutos en voz baja, sin darse cuenta, como si estuvieran solos y no rodeados de un público impaciente. Volvieron a la realidad de la situación cuando a su alrededor comenzaron a oírse murmullos.

—¡No nos enteramos de lo que dicen!

—¡Eso es una combinación!

—¡Que hablen en voz alta!

Sullivan, más conocido por el Gran Baxter, levantó los brazos con gran prosopopeya y dijo:

—¡Este caballerete me estaba pidiendo, en efecto, que le diera un buen caballo, porque no está muy seguro de su pulso ni de sus piernas! ¡Pero el Gran Baxter no admite trampas! ¡Concursará con el caballo que le corresponde! ¡Vamos, prepara un buen potro, Charlie!

Se refería a su ayudante, el encargado de la valla. Le hizo con dos dedos un signo que al parecer no tenía ninguna importancia, pero que éste comprendió. Indicó a Mallory que podía entrar en el apartadero.

Había ya dispuesto allí un corcel nervioso y excitado por la larga

inmovilidad. Sus cascos habían ahondado aún más los agujeros del suelo. Mallory lo montó de un salto y se ajustó los revólveres. Hizo un signo para que abrieran la valla.

El paso quedó libre y el corcel se lanzó hacia el redondel con una especie de rabioso frenesí. Mallory se sujetó las rodillas llevando los dos brazos en alto y sosteniéndose encima del lomo con diabólica agilidad y con una extraña elegancia. Pasó por delante del blanco y entonces, su brazo derecho bajó como un rayo para sujetar la culata de uno de sus revólveres. Se contorsionó y en el público hubo un rugido unánime de asombro al ver lo extraño de su maniobra. Porque lo que en realidad hizo no fue apuntar al blanco sino contorsionarse para dar la espalda a éste y mirar hacia el apartadero. Dos disparos rugieron en el cañón de su «Colt Frontier», pero no en dirección al blanco. ¡Porque las balas iban dirigidas hacia el apartadero de Sullivan, aquél a quien éste había hecho con dos dedos un signo que pasó inadvertido a todos!

Hubo un verdadero alarido de asombro cuando Charlie, el ayudante de Sullivan, cayó, tras crisparse sus músculos en un espasmo, soltando el rifle con que ya estaba apuntando a Mallory.

Éste se dejó caer del caballo, quedando en pie. Su «Colt Frontier», humeante aún, trazó un suave movimiento de abanico para abarcar cualquier movimiento que pudiera hacer Sullivan. Éste, que ya tenía las manos a la altura de las culatas, las dejó caer suavemente.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

—Estoy en mi derecho, Sullivan, por muchos motivos. Pero no voy a matarte porque no mereces morir así, en un redondel y acompañado por el público estúpido de un rodeo.

—Eres muy generoso, Mallory.

Sus palabras eran pronunciadas en voz rápida y baja. Sólo ellos dos podían oír lo que decían porque los crecientes rumores del asombrado público impedían que su voz llegase más allá.

—Es la primera vez que te veo cometer una traición, Sullivan —dijo Mallory—, y voy a olvidarlo. Vete de aquí si quieres vivir. Vete a California y trata de empezar una nueva vida. No pienso darte más oportunidades. Si estás aquí mañana te mataré.

Sullivan pasado el primer instante de perplejidad y nerviosismo había reaccionado ya.

—Puede que te dé ese placer, Mallory. Es el mejor favor que puedo hacerte. Para un federal novato como tú, puede significar el principio de una gloriosa carrera el dar muerte a Sullivan.

—Vete hoy mismo. Yo nunca mato porque sí, ni aun tratándose de un bandido. Y procura empezar una nueva vida porque de lo contrario te perseguiré hasta la última llanura de California y hasta la última encrucijada de las Rocosas.

Dio media vuelta y se alejó poco a poco, sintiendo el balanceo de los revólveres en sus piernas. No le importó volver la espalda a Sullivan, porque sabía que éste no iba a matarle así. Era demasiado orgulloso para no atacar de frente a un enemigo que le había desafiado.

Salió del recinto, mientras éste se llenaba de imprecaciones y de gritos. El público, excitado, no sabía si interpretar aquello como la culminación de un espectáculo glorioso o como una vulgar estafa. Sullivan, asistido por dos de sus ayudantes, hacía desesperados esfuerzos para que los ánimos se calmasen y se accediera a escuchar su voz.

Mallory salió al pequeño descampado donde se iniciaba la calle principal de Carson City. Las casas parecían achicharradas bajo el pesado y enervante sol. Había en el ambiente una inquietud y un silencio que presagiaba muerte. Los pasos de Mallory se hicieron más lentos y cansados mientras se dirigía al Blue Sky, el mejor hotel de la ciudad.

Había varios comisarios en Carson City, como bien había dicho Sullivan. En efecto, la ciudad estaba más vigilada que de costumbre, porque se temía algo. Pero estos comisarios que patrullaban de un lado para otro no tenían en realidad la menor idea de la situación y sin duda se hallaban bien lejos de imaginar que el Gran Baxter cuyos carteles anunciadores estaban en todas partes, era Sullivan, cuyos pasquines con una tentadora cifra debajo, estaban en todas partes también.

Mallory pasó por delante de uno de ellos. El dibujo era tan malo que no era extraño que no lo hubiese reconocido nadie.

Se disponía ya a entrar en el hotel en cuyo porche reinaba una gran penumbra, cuando una voz masculina le detuvo:

—¡Eh, señor Mallory!

El joven se volvió. El que se acercaba a él corriendo y moviendo

su monumental abdomen, era Peter Bass, una especie de trotamundos que había estado en todas partes y conocía todos los secretos de cualquier lugar del Oeste. Mallory le había salvado la vida una vez, en California, y desde entonces se conocían. No era extraño que Bass se encontrara, allí porque de hecho podía encontrársele en cualquier parte con tal de que estuviese más acá de Missouri. Mallory había coincidido con él en otras ciudades del Oeste y su condición de federal ya no era posible ser mantenida en secreto para un tipo como Peter Bass. Esto le producía cierta sensación de disgusto, pese a ser Bass un individuo simpático y en quien se podía confiar. Le saludó con una cansada sonrisa.

—¿Qué tal, Bass? ¿Muchas ventas?

Bass se ganaba la vida comprando labores a las indias de Nuevo México. Todos sus negocios eran por este estilo. En su carromato había tanto material como en los almacenes de intendencia de un ejército.

—No puedo quejarme —contestó Bass deteniéndose bajo el porche y resollando como un caballo después de una carrera—. El país se va normalizando y ya se hacen algunos buenos negocios. Pero no todos los que yo quisiera.

—¿Se aloja usted en este hotel?

—Sí, pero si cree que eso es indicio de estar yo muy bien de fondos se equivoca.

—No juzgo por indicios, Bass. Usted siempre se ha defendido en los asuntos de dinero. Ya que hemos coincidido en Carson City, ¿querrá aceptar mi invitación de tomar una copa?

—Eso no se desprecia nunca, amigo.

Pasaron al interior, a una saloon cuyas persianas colocadas en todas las ventanas, tamizaban la luz e impedían que penetrase el bochorno del sol. La gente decía que aquél era un hotel demasiado lujoso para Carson City. Quizá había algo de razón en esto, porque estaba edificado sobre un volcán y todo el dinero invertido en él peligraba. Llevaba tres meses abierto al público, y durante dos salvajes tiroteos ya había estado dos veces a punto de ser incendiado.

Mallory y Bass se sentaron ante una mesita junto a una de las ventanas, y encargaron dos dobles de *whisky*.

—Veo muchos comisarios en la ciudad —dijo Bass con acento

confidencial mientras se inclinaba un poco hacia adelante—. ¿Qué ocurre? ¿Se teme un asalto al Banco?

—El Banco Federal ha recibido fondos muy importantes esta mañana —declaro Mallory—. Eso es cierto y ya justifica un poco el que los comisarios se muevan más que de costumbre.

—Trata usted de ocultarme pequeños detalles, Mallory y permítame decir que eso me causa risa. Sé del Oeste más cosas que cualquier federal. Conozco a las gentes honradas y a los bandidos de cada ciudad mejor que el mismo *sheriff*. De sobra se ve que aquí están temiendo algo excepcional. ¿Qué es?

—Cosas de Carson City —murmuró Mallory encogiéndose de hombros—. Ésta no ha sido nunca una ciudad tranquila.

En aquel momento les sirvieron el *whisky* y los dos hombres sorbieron un largo trago sin mirarse, como si se ignoraran mutuamente. Bass fue el primero en dejar el vaso sobre la mesa, y luego lo hizo Mallory.

Pero no llegó a posarlo sobre la limpia superficie.

Sus dedos se cerraron sobre el cristal mientras sus párpados sufrían una especie de sacudida. No fue la suya una de esas sacudidas que origina el temor o una sorpresa desagradable, sino más bien todo lo contrario. Daba la sensación de que Mallory acababa de descubrir un cegador relámpago de luz. Bass se volvió poco a poco hacia la puerta y con una mirada de entendido calibró los méritos de la mujer que acababa de entrar. No había para decir que era exagerado el asombro de Mallory. Él, pese a su edad, también hubiera sentido algo semejante si la llega a ver de frente y de un modo también inesperado como Mallory debía haberla visto. Realmente era una mujer única, un monumento. Pero entrecerró los ojos, mirando al joven mientras le advertía:

—No debe usted fijarse en esa mujer, Mallory. Ya le he dicho que conozco a todo el mundo en el Oeste y sé que esta mujer es la novia de Sullivan, el pistolero.

CAPÍTULO III

—¿La novia de Sullivan? —susurró Mallory.

—La misma. Ya te he dicho —recalcó, acentuando el tono de confianza—, que yo conozco a todo el mundo del Oeste. Esta muchacha está enamorada de Sullivan desde hace seis meses. Y eso… y eso me hace pensar que Sullivan se encuentra aquí.

Mallory no contestó. Toda su atención estaba concentrada en la extraña forastera, la mujer más hermosa, atractiva y elegante, que había visto jamás. Era una mujer con la que probablemente nunca habían soñado los hombres de Carson City. Alta, elegante, de anchas y juveniles caderas acusadas bajo su vestido, con unos ojos que despedían luz, unos labios gruesos, rojos y sensuales y unos cabellos que debían ser suaves como la seda, aquella mujer hubiese asombrado no a Mallory que, en realidad, aún tenía poca experiencia en materia femenina sino al más aburrido, desengañado y frígido varón de la ciudad: cualquier cosa que se dijese de ella podía ser cierta: Que los hombres se mataban por una mirada suya, que los pistoleros olvidaban donde tenían sus gatillos al verla. Todo.

Y Mallory, con los ojos entrecerrados tratando de disimular ante Bass el brillo de que estaban dotados, observó todos sus movimientos que tenían una gracia felina y salvaje.

—Pareces muy asombrado —comentó Bass—. Pero hazte a la idea de que esta mujer es la novia de Sullivan y deja de pensar en ella. Es lo que más te conviene.

—Me resisto a creer que una mujer así tenga algo que ver con Sullivan. Parece una dama.

—Sin embargo, esa mujer no es rica. Lo que ocurre es que viste y se mueve con una elegancia natural. La elegancia es algo con lo que se nace. Unos la tienen porque sí, aunque vistan andrajos. Otros

no resultan bien ni aunque se vistan con seda y terciopelo de pies a cabeza.

—¿Conoce usted la historia de esta mujer, Bass?

—Yo conozco la historia de casi todos los que habitan al oeste de San Luis.

—¿Quién es esa mujer?

—Se llama Violeta Harris. Ha nacido en Santa Fe, aunque actualmente vive en Denver. Cómo te he dicho no es rica. Sus padres murieron asesinados por unos forajidos hace apenas seis meses.

—Ya he observado que lleva en sus vestidos muchos detalles de luto.

—En efecto, así es. Sus padres murieron justamente cuando a Sullivan se le ocurría pasar por allí. Se acercó al oír los gritos de la muchacha y de cinco tiros liquidó a los cinco asesinos. Ya sabes tú cómo tira Sullivan, sin descomponer la figura y sin perder la compostura y esa especia de sonrisa desdeñosa que siempre tiene en los labios. A Violeta, claro, le impresionó en gran manera ver a un hombre así, a un pistolero tan admirable y al mismo tiempo tan galante. Se enamoró de él y desde entonces ha procurado seguirle, a todas partes.

—¿Sola?

—No, Violeta es una chica decente, tenlo por seguro. Fíjate en el hombre que entra ahora.

Mallory Se fijó. El hombre tendría unos cincuenta años iba vestido muy sencillamente. Acababa de entrar en el hotel con dos maletines de mano, y se dirigía hacia Violeta Harris.

—Es su tío —notificó Bass—. Hermano de su madre. La acompaña por no dejarla sola, aunque en realidad todo el día está tratando de convencerla para que no haga la locura de ir siguiendo a un tipo como Sullivan.

—Pero ¿por qué? —preguntó Mallory sin poder disimular cierto tono de ansiedad en la voz—. ¿Qué pretende ella, con esa inútil persecución? ¿Qué, Sullivan se case con ella?

—Una mujer hace cosas muy extrañas cuando está enamorada de verdad —sentenció Bass—. De mí no lo estado ninguna, pero sé lo que ocurre en esos casos. Esa mujer persigue, ni más ni menos que estar cerca de Sullivan. Lo hace de una forma instintiva, sin

pensarlo. Si algún día se enamoran de ti de ese modo, cosa que espero, lo experimentarás.

Mallory se pasó la mano derecha por los ojos. Hubiese querido borrar de su memoria a la mujer, pero tuvo la sensación de que eso no lo conseguiría en mucho tiempo. Ni en toda la vida quizá.

—Estaba diciendo —susurró Bass enfocando de nuevo el tema principal—, que la presencia de esa mujer aquí significa una cosa: Sullivan se encuentra en la ciudad.

—En efecto —asintió Mallory. Había resuelto hablar con sinceridad porque mentir a un tipo como Bass no le iba a servir de nada.

—¿Con qué personalidad ha venido disfrazado esta vez?

—Con de El Gran Baxter. Aparentemente es un tipo que se dedica a organizar espectáculos de rodeo y que hasta hace unos minutos actuaba en las afueras de la población.

—Es realmente muy curiosa la personalidad de Sullivan —opinó Bass—. Cuando quiere introducirse en algún sitio sin que nadie sospeche, idea alguna estratagema que disfrace a él y a sus hombres. Esa idea del rodeo no es mala, pues le ha permitido traer caballos, armas y varios ayudantes, que, en realidad, son sus pistoleros. Tiene ciega confianza en que nadie le va a reconocer, pues el dibujo que se reproduce en los pasquines, al no existir ninguna fotografía suya, siempre es el mismo y muy malo. Mañana asaltará el Banco Federal, se llevará muchos miles de dólares y estará una temporada descansando en algún lugar del Este. ¿Puedo preguntarte qué piensas hacer ante todo esto, Mallory?

—He advertido a Sullivan de que debe marcharse de aquí.

—Extraña actitud la tuya. Como agente federal del Gobierno, ¿no deberías matarle?

Mallory sonrió con desgana evitando mirar a toda costa hacia el sitio donde aún permanecía aquella mujer.

—Usted sabe de sobra que no me gusta matar. Y además he de reconocer que Sullivan es un hombre que me desconcierta. Resulta uno de los tipos más engreídos y pagados de sí mismos que hay en el Oeste y en ese sentido me parece insoportable y odioso. No puedo resistir su expresión de hombre guapo, de hombre que está seguro de «sacar» siempre el primero y meterse a todas las mujeres en el bolsillo. Pero, en cambio, debo reconocer que procura dar

todos sus golpes sin causar víctimas y que obra siempre con una elegancia especial. Tengo la sensación de que si se produjera un milagro aún podría cambiar de vida. Y yo no quiero poner obstáculos a que este milagro pueda realizarse algún día. Pero le he advertido ya por última vez: Si mañana sigue aquí le mataré cara a cara.

—No parece que Sullivan tenga intención de marcharse —dijo Bass.

Había desviado su mirada. Mallory hizo lo mismo y vio entonces cómo el pistolero entraba en el hotel.

Iba vestido igual que antes, naturalmente con sus pomposas ropas, pues acababa de llegar del rodeo. Él vio también a Mallory, pero le hizo el mismo caso que si acabara de ver a un insecto. En cambio, sus ojos se iluminaron al distinguir a Violeta Harris.

La expresión de la mujer también cambió. Sus ojos despidieron un destello, un brillo de increíble gozo, y casi se arrojó en brazos del hombre. Éste la recibió amorosamente, la besó en ambas mejillas, y luego se aproximó un poco más a Mallory, de forma que éste pudiera oír toda la conversación. El joven se mordió los labios al advertirlo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Violeta? ¿Sabes tú ya la clase de ciudad que es ésta?

—Nada me importa estando tú aquí.

—De todos modos, es peligroso, muy peligroso. Precisamente por estar yo aquí. Lo que debes hacer es marcharte cuanto antes de Carson City; ten por seguro que te advertiré dónde podemos encontrarnos y que formalizaré mi vida.

Aquellas sencillas palabras parecieron abrir para la mujer algo así como las puertas del paraíso.

—¡Oh, si eso fuera cierto!…

—Claro que lo será, no te permito que lo dudes. Pero lo más urgente es que salgas de Carson City.

«Tiene preparado ya el asalto al Banco Federal —pensó Mallory —. Ella es un estorbo».

—¿Vas a estar mucho tiempo en la ciudad? —preguntó Violeta Harris.

Sullivan contempló a Mallory de un modo bien ostensible para que él se diera cuenta.

—Permaneceré aquí el tiempo que me convenga, nena, todo el que me convenga. Pero desde luego, te tengo en cuenta a ti, y en cualquier plan que haga figurará tu nombre.

—¿De veras quieres que tío John y yo nos vayamos de Carson City? —preguntó ella con cierto abatimiento, como si separarse de Sullivan fuera lo más penoso que se le pudiese pedir.

—Es lo más conveniente para los dos.

—Pero ¿podemos al menos quedarnos hasta mañana? Hemos hecho un viaje muy largo…

—Hasta mañana por la mañana sí. Podéis marchar en la diligencia de las once.

«Piensa asaltar el Banco hacia las doce, antes del primer cierre, se dijo Mallory, mientras sus dedos sufrían una pequeña sacudida de excitación. Es la mejor hora, pero sin darse cuenta se está advirtiendo. Su propia vanidad le está perdiendo esta vez. Es el plan más burdo con que me he tropezado en mi vida…»

Trató de seguir quieto, sin embargo, fingiendo la más absoluta indiferencia. Y en realidad, si había de ser sincero consigo mismo, le era forzoso confesarse que la excitación provenía no tanto de las palabras de Sullivan como de la presencia obsesionante de la mujer. Ésta, tras un leve suspiro, preguntó en voz baja:

—¿No será mañana día festivo en Carson City? ¿Estará abierto el Banco Federal?

—Sí, ¿por qué? —La voz de Sullivan era un tanto ansiosa.

—Pedí en Denver que nos hicieran una transferencia a esta población. No nos queda ya dinero. Los pocos fondos de que disponemos los retiraremos mañana del Banco Federal, pues de lo contrario no podríamos ir ya a ninguna parte. Ya ves que de todos modos nos convenía quedarnos aquí, por lo menos hasta media mañana.

—Ve al Banco a las diez —indicó Sullivan con voz silbante—. Si tenéis que marchar a las once, no te conviene dejarlo todo para última hora.

—Así lo haré, descuida.

—Perfectamente, comeremos juntos, cariño. Deja que me cambie porque éste no es mi aspecto normal. Si te han reservado habitación sube a ella y arréglate también antes de bajar al comedor. Quiero que estés bien guapa.

—Si esto ha de complacerte lo estaré. Pondré en ello mi arte.

Mallory sintió un estremecimiento, no supo por qué. Quizá porque la voz de la mujer era tan dulce, tan prometedora, tan acariciante…

—Adivino lo que estás pensando —dijo Bass en voz muy baja—. Déjalo. No des más vueltas a este asunto y no te acuerdes más de esa mujer.

Mallory se encogió de hombros, como queriendo expresar que ya la había olvidado. Pero este gesto resultó falso, porque sus ojos, brillantes y un poco tristes, aún le traicionaban.

Violeta y Sullivan se habían alejado. Tras ellos, sin soltar los maletines, iba tío John, quien no había dicho aún una sola palabra. Mallory adivinó instintivamente que aquel hombre odiaba a Sullivan y que hubiese dado cualquier cosa por ver a su sobrina casada con cualquier otro.

Los tres desaparecieron al instante de la vista de Mallory, que cerró los ojos como si quisiera ahuyentar de sí un recuerdo.

—Termina tu copa —recomendó Bass—. Hay ocasiones en que un hombre necesita un buen trago de licor.

—Lo haré. Creo que es un acertado consejo.

Y Mallory bebió todo el contenido de la copa. Pero jamás el *whisky* le había sabido tan amargo.

CAPÍTULO IV

—Sí —dijo Mallory—, la muerte es madrugadora. Siempre ha ocurrido así.

Los cuatro comisarios que se encontraban ante él hicieron casi a la vez un gesto de afirmación.

—Yo preferiría acabar ahora —dijo uno de ellos—. La inactividad no me deja vivir. Pensar que Sullivan vaya a atacar el Banco Federal a las doce y que tenemos que esperar hasta esta hora, me destroza los nervios.

—Si sabe ya que este hombre es Sullivan y está enterado de lo que piensa hacer, ¿por qué no lo detenemos de una vez? —preguntó otro.

Estaban reunidos en un cobertizo, en las afueras de la población y habían llegado hasta allí por distintos caminos, seguros de no ser vistos. Mallory ya había hablado antes con el *sheriff*. En estos instantes eran las diez de la mañana.

—No me conviene hacerlo —contestó el joven con voz tranquila —. No sólo es necesario acabar con Sullivan sino con su banda. Él ha venido aquí con tres hombres visibles, a uno de los cuales liquidé yo ayer, pero es evidente que habrá en la ciudad otros pistoleros decididos a ayudarle. He de saber quiénes son y exterminarlos. De otro modo nuestro triunfo sería muy relativo, y pronto la banda encontraría otro jefe.

—Comprendo —dijo otro de los comisarios—. El *sheriff* también está advertido e irá con otros dos hombres para apostarse en el lugar indicado y en el momento preciso. Todos nosotros sabemos también el lugar, pero ¿y la hora?

Mallory se pasó un instante la lengua por los labios resecos. Aquél era el punto clave de la cuestión.

—He resuelto las cosas del siguiente modo —explicó—: Parto de la base de que Sullivan no asaltará el Banco hasta que esta muchacha, Violeta Harris, haya salido de la ciudad, o por lo menos hasta que ella haya retirado sus fondos. Si vamos demasiado pronto podría advertirse nuestra presencia y si vamos demasiado tarde podríamos ya no servir más que para recoger los cadáveres. Por tanto, obraremos del siguiente modo: cuando yo vea salir a la muchacha, Larry, el guarnicionero, que es hermano del *sheriff*, pasará llevando de la brida un caballo blanco de un extremo a otro de la calle principal. Vosotros estaréis en el saloon de Burke y dominaréis desde allí la calle principal, Una vez captada esta señal sencilla, que espero no adviertan nadie, salís espaciadamente y os colocáis en vuestros puestos.

—Esto está bien. Pero ¿por qué no ocultarnos en el mismo Banco en espera de que lleguen?

—Es demasiado pequeño. Se nos vería tanto como a un rinoceronte escondido detrás de un biombo.

Mallory repitió a continuación las instrucciones para que todos le entendieran, bien y salió del cobertizo despidiéndose de los comisarios hasta el momento de comenzar a actuar.

Hacía una hermosa mañana. El sol rutilaba en el horizonte, pero el calor no era excesivo. Bandadas de pajarillos se dirigían hacia el Oeste, hacia el Pacífico y sus alegres trinos parecían llenar el aire. Era una de esas mañanas en que todo invitaba a amar.

Pero para Mallory, pensando en lo que sucedería y en que Violeta era la novia de Sullivan, aquella mañana resultaba particularmente odiosa.

Entró poco a poco en la población. Su figura alta y hercúlea atraía las miradas de la gente que adivinaba en él al luchador nato, al hombre nacido para pelear y matar. La noticia de su prodigiosa puntería demostrada el día anterior debía haber corrido de boca en boca. Mallory se sentía molesto ante esta situación pues para el buen éxito de su plan le convenía que esta mañana se le notase lo menos posible.

Bien lejos estaba de suponer que esto no tenía ninguna importancia, y que toda la distribución de sus hombres y el truco del caballo blanco, no iban a servir para nada. Todo esto porque aún no conocía a Sullivan.

Estaba cerca del Blue Sky cuando observó cierto revuelo entre los hombres que se hallaban sentados en el porche, cerca de la puerta. Todos se habían levantado a la vez haciendo grotescas reverencias y saludos y tratando de impedir disimuladamente el paso a alguien que salía por aquella puerta, Mallory adivinó lo que sucedía al ver recortarse en el marco la sugestiva figura de Violeta Harris.

En aquel porche solían reunirse todos los desocupados de la ciudad; se lo había advertido ya el *sheriff*. No sería de extrañar que alguno de ellos estuviese ya borracho. Y si no lo estaba la figura de Violeta Harris bastaría para emborrachar a cualquiera.

Mallory aceleró el paso. Sin darse cuenta se cerraron de una manera instintiva sus puños y sus labios se curvaron en una mueca que no presagiaba nada bueno para los que aquella mañana se pusieran gallitos delante de él.

Al llegar a unos diez metros de distancia se dio cuenta de que no estaba equivocado.

Cuatro hombres sentados en el porche fingían hacer reverencias a Violeta Harris, que no sabía aún cómo interpretar aquello mientras, disimuladamente, se acercaron a ella y la acosaban con discretos golpecitos y suaves tanteos. Era una de las escenas más miserables y rastreras que Mallory había visto jamás. Ninguno de aquellos tipos merecía que se gastase con ellos el plomo de una bala.

—¡Pase, pase, *milady*!

—¡Oh, no! ¡Por aquí, por favor!

—¡Permita que le presente mis respetos, *madame*!

—¡Concédame el honor de que la acompañe hasta la salida del porche!

Violeta Harris era una mujer que tenía muy poca experiencia en cosas del Oeste. Mallory se dio cuenta por lo que dijo a continuación, cuando otra mujer avisada ya hubiera empezado a pedir socorro.

—Son ustedes muy amables, pero les ruego que me dejen sola. Dense cuenta de que con tantos saludos no me permiten pasar.

—¡Oh, enseguida nos apartamos, *milady*!

—¡Apóyese en mí, por favor!

Mallory hizo crujir los nudillos de sus puños y gritó:

—¡Hatajo de cobardes!

Los cuatro hombres se volvieron a la vez. Iban armados. Con ojos sanguinolentos contemplaron la figura de Mallory.

—¿Qué quieres tú, mocoso?

—Largaos de aquí si no queréis acabar todos con los huesos rotos.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién los va a romper? ¿Tú, monada?

Mallory no perdió más tiempo. Siempre actuaba así, después de la primera advertencia, como un ciclón, al que ya no se pudiesen oponer, barreras. Entonces se transformaba en una especie de fuerza ciega, fatal, destructora. Los cuatro hombres tuvieron ocasión de verlo bien pronto.

El primero de ellos recibió un alucinante gancho a la mandíbula cuando trataba de adelantar un paso. Sus huesos crujieron y en su rostro se marcó una mueca de dolor terrible. Cuando quiso mover la boca no pudo. Tenía roto el maxilar. Otro quiso sacar su revólver, pero Mallory lo envió al suelo de un implacable puntapié al vientre. Quedaban dos que se arrojaron sobre él y trataron de apresarle en sus brazos. Mallory pudo haber sacado sus armas, pero el sentimiento del honor le impedía responder a balazos a una agresión que se le hacía con los puños. Se revolvió moviendo su musculatura de gigante, y los dos hombres salieron despedidos como muñecos de paja. Pero ya el del maxilar roto había sacado su revólver.

—¡Tú, perro…! —rugió con la garganta, sin poder abrir la boca.

Mallory se lanzó a tierra, mientras «sacaba» con una increíble rapidez. Sus dedos, decían en muchos lugares del Oeste, eran rápidos como la luz. Actuaban con tal velocidad que era imposible seguir sus movimientos. De costado, en el suelo, Mallory comprendió que moriría si no era una décima de segundo más rápido. Tiró con los ojos entrecerrados, y un botón rojo apareció entre los ojos de su enemigo cuando éste ya se disponía a apretar el gatillo. Pasó al Más Allá sin sentir dolor, sin enterarse siquiera. Desde luego, la bala que lo eliminó fue para él mucho menos dolorosa que la mandíbula rota. Los otros tres hombres corrieron a lo largo del porche, intentando parapetarse. Uno de ellos se volvió para disparar, y en este instante, Mallory le atravesó la cabeza. Los dos restantes no se volvieron, y no se parapetaron tampoco. Habían

tenido bastante con ver caer a dos hombres en menos de treinta segundos.

Cuando hubieron desaparecido, Mallory se puso en pie guardándose su revólver.

—Lamento que haya sido usted testigo de este espectáculo, señorita Harris.

La muchacha estaba mortalmente pálida. Se había apoyado en el quicio de la puerta y parecía incluso respirar con dificultad. Evidentemente no estaba acostumbrada a espectáculos como aquél, pese a ser la novia de un tío como Sullivan.

—No debió usted haber hecho eso —suspiró—. Hubiese preferido… cualquier cosa.

—Sospecho que esa «cualquier cosa» no le hubiera gustado. No crea que para mí haya resultado divertido todo eso, pero en estas ciudades hay momentos en que no se puede actuar de otro modo.

—Sí, lo comprendo. Creo que tengo que darle las gracias, señor…

—Mallory. Fred Mallory.

—Bien, señor Mallory, comprendo que estoy obligada a usted. Lo único que lamento es que el poco tiempo que voy a permanecer en Carson City me impida demostrarle mi gratitud de algún modo.

—¿Va usted a marcharse pronto?

Se notaba que la muchacha estaba incómoda ante la presencia de dos cadáveres y que aún se sentía hondamente impresionada, por lo sucedido. Mallory lo comprendió así y tomó una rápida decisión. Con el rabillo del ojo acababa de ver al propietario de una de las agencias fúnebres de la ciudad. Aquellos tipos olían la pólvora como los buitres huelen la carne muerta y se apresuraban a volar en cuanto olían disparos. El negocio era del que llegaba antes.

Mallory extrajo con disimulo un billete de diez dólares y lo mostró en la mano plegada a su espalda, de modo que aquel tipo lo viese. Un segundo después el de las pompas fúnebres había pasado por detrás de él, arrebatándoselo y sólo dos segundos más tarde empezaba ya a retirar los muertos.

Violeta Harris echó a andar y Mallory fue junto a ella. Al hacerlo así se dijo que sólo le guiaba el interés exclusivamente profesional como era estar dispuesto para que aquella mujer no pudiera hacer nada anormal en el Banco y ver cuándo salía de éste. Pero en el

fondo algo le estaba diciendo que su misión le importaba bien poco y que lo único que le atraía era aquella extraña mujer. Quería sustraerse a aquella sensación, pero sabía que nunca había visto a una mujer como Violeta Harris y que nunca volvería a ver a ninguna otra.

—¿Va usted a marcharse pronto? —repitió.

—Esta misma mañana en la diligencia. Saldrá aproximadamente a las once.

—Lo siento —repuso Mallory, como si no conociera aquella noticia—. Confieso que me hubiera gustado verla más tiempo por aquí.

—No pretenda usted fingir candidez, señor Mallory —dijo ella con una sonrisa donde había cierta tristeza—. Estaba usted ayer en el hotel y oyó o tuvo que oír, perfectamente, lo que Sullivan me decía.

La sorpresa del joven fue tan grande y sincera que cerró de repente la boca y por poco se destroza los labios con el seco golpe de sus propios dientes.

—No es posible que usted sepa que estaba allí —arguyó—. No me miró una sola vez.

—En efecto, no le miré. Pero usted mismo acaba de confesar que estaba y que se fijó en nosotros.

—Es extraño lo que usted dice. Cierto que estaba allí. Cierto que me fijé en usted, pues haría falta no ser hombre para que su presencia pasara inadvertida. Pero estoy seguro de que no me miró. ¿Cómo puede asegurar pues, con tanta facilidad que yo estaba allí?

Ella sonrió otra vez de aquella forma enigmática y un poco triste. Esa sonrisa daba a su rostro un halo de poesía y belleza.

—Es extraño lo que me ocurre, señor Mallory —susurró Violeta Harris en voz baja—. Yo misma no sabría explicarlo. Pero casi adivino a las personas sin verlas, como si éstas emitiesen una especie de fluido magnético. Quizá sea que capto enseguida el ruido peculiar que cada persona produce. Usted, por ejemplo, hace crujir los nudillos con frecuencia. Ayer lo oí mientras estaba hablando con Sullivan.

—¿Y no se equivoca nunca?

—Nunca hasta ahora, señor Mallory.

—Esto es sorprendente. Créame si le digo que estoy

sinceramente admirado. Pero aún no acabo de creer en esta facultad de que usted me habla, y que sólo se explica con una sensibilidad que a veces ni aun los mismos ciegos poseen. Hagamos una prueba: ¿Estaba yo solo?

—No —contestó Violeta Harris—. No estaba solo. Le acompañaba un hombre aun cuando a éste no lo reconocería si le viese ahora. No hacía ningún ruido especial. Era… ¿cómo le diría yo? Era como una sombra. Yo adivinaba su presencia, pero confieso que ahora fracasaría si tratase de reconocerlo.

Las palabras de la muchacha habían producido una extraña tensión en el espíritu de Mallory. Era como si de repente se hallara ante algo desconocido, ante las puertas de un reino en que no había entrado nunca. Pero eliminó esa tensión soltando una alegre y juvenil carcajada.

—La persona que se hallaba junto a mí no era ningún fenómeno —declaró—. Y de sombra tenía poco, porque estaba bastante gordo. Se trataba de Bass, un comerciante que recorre de punta a punta todo el Oeste. En cuanto le vea usted pregonar sus mercancías, ya no lo olvidará nunca.

—Dudo que tenga tiempo de oírlo pregonar, señor Mallory. Como le he dicho me ausento esta misma mañana.

Iban caminando en línea recta hacia el edificio del Banco Federal. Sólo unos cien metros los separaban de él, y al verlo retronaron a la mente de Mallory todas las preocupaciones que le habían atormentado aquella mañana y aun casi toda la noche anterior. Volviendo la cabeza para mirar fijamente a Violeta Harris, preguntó:

—¿Por qué me ha dicho usted que estaba hablando con Sullivan? ¿Por qué me ha dado su verdadero nombre?

—¿Hay alguna razón para que no se lo dé?

—De sobra sabe usted que está en Carson City con un seudónimo. Aquí todo el mundo le conoce como El Gran Baxter.

—Todo el mundo menos usted, claro.

Mallory se estremeció. Aquella muchacha lo adivinaba todo. Tenía un aspecto de bondad, y de inocencia, y, sin embargo, era mucho más lista que muchos ojeadores y guías de la frontera india. Quizá en realidad su aspecto engañaba. Quizá no era la novia de Sullivan por sentimentalismo, sino por cálculo, pensando que éste

no fracasaría en sus golpes y que dentro de un par de años a lo sumo iba a ser uno de los hombres más ricos de Nevada. ¿Sería que aquella belleza, que toda aquella espiritualidad, no fuesen más que una máscara?

—En efecto, ya sabía que era Sullivan —respondió con franqueza—. Pero me cuesta comprender que usted lo delate con esta facilidad. A él le interesa guardar el secreto.

—Secreto que con usted no sirve, señor Mallory. No sé si yo le habré parecido una mujer lista, pero usted me parece un hombre que no pierde detalle. Evidentemente conoce toda la historia de Sullivan desde el día que nació, por lo que poco útil me iba a ser el mentirle. Además, hay otra cosa. Le he visto tirar.

—¿Y qué?

—Un hombre que tira como usted tiene que ser un pistolero profesional de los de más fama o un agente federal, señor Mallory. Y usted más bien me parece esto último.

—¿Y si fuera así, para qué cree que he venido a Carson City?

—Es posible que haya venido por el propio Sullivan.

La mujer hablaba sin inmutarse. Parecía como si todo aquello no le impresionara en lo más mínimo. Resolvió ser enteramente sincero, en la confianza de que ella lo fuese también.

—Usted sabe de sobra una cosa: Sullivan es un pistolero. Y yo me vuelvo loco tratando de comprender otra. ¿Cómo puede usted ser la novia de un tipo como él?

—¿Es que tan difícil le resulta comprender el que una mujer se enamore?

La pregunta hizo daño a Mallory. No supo bien por qué, pero le dolió.

—Cualquier mujer puede enamorarse de la figura y aun del carácter de un hombre como Sullivan. Lo que ya no resulta tan fácil es enamorarse de su modo de vivir.

—Sullivan puede cambiar. Estoy segura de que emprenderá una nueva vida si yo me lo propongo.

Había convicción en la voz de la mujer; una convicción serena, profunda. Mallory creyó entonces darse cuenta de que Violeta Harris tenía un carácter tan hermoso como su cuerpo. Y eso le dolió aún más porque, al fin y al cabo, todo aquello pertenecía a un hombre como Sullivan.

—Yo también creo que puede cambiar —dijo—. Ésa es la causa de que no lo haya detenido, dándole una oportunidad: Ojalá Sullivan se marche de aquí y emprenda una nueva vida.

—¿Cree usted de veras que hubiese podido detener a Sullivan, señor Mallory? Tira usted muy bien, pero no tanto.

Habían llegado al Banco y ya estaban ante la puerta de cristales de éste. Violeta Harris le saludó con una leve inclinación de cabeza, sin abandonar su sonrisa ligeramente burlona y penetró en el edificio con majestuoso porte. Mallory, pese a su aplomo se quedó por un momento perplejo, confundido, sin saber aún cómo reaccionar. Cuando trató de detener a la muchacha con un enérgico movimiento de su brazo, ella ya había desaparecido.

—¿Le ocurre algo, Mallory?

La voz había sonado a su espalda. El joven se volvió y vio detrás de él a Sullivan.

Sullivan había abandonado ya su disfraz de mexicano y todos sus adornos de la víspera. Ahora vestía como un vaquero presto a emprender la galopada y en sus cintos había dos revólveres y un monumental cuchillo «Bowie». Todo él daba la impresión de que estaba dispuesto para una acción inmediata, tajante. Y al ver a Mallory, allí, sonreía de una forma burlona y desdeñosa.

—Veo que has abandonado tus elegantes vestiduras de payaso ambulante, Sullivan. ¿Es que ahora has decidido mostrarte tal como eres?

—Siempre me muestro tal como soy.

Balanceaba su cintura, y con ella se balanceaban sus revólveres de una manera obsesionante.

Dos hombres más aparecen tras él. Eran los dos ayudantes a quienes Mallory viera la víspera. Iban vestidos también con ropas sencillas, y en sus cintos había también revólveres y cuchillos «Bowie».

No había duda de que estaba al acecho, aproximándose ahora, cuando Violeta Harris ya estaba dentro del Banco.

Y de repente Mallory comprendió.

¡Qué estúpido, qué infinitamente estúpido había sido!

Creyó que en Sullivan quedaba algo de nobleza. Creyó que no se atrevería a asaltar el Banco mientras Violeta Harris estuviese en él, por miedo a que la muchacha sufriera algún daño durante el

tiroteo. Pero se había equivocado. ¡Se había equivocado desde el principio al fin!

—Te consideraba un ser mucho más digno —barbotó con expresión desdeñosa—. Creí que Violeta Harris te importaba algo. Que no la mezclarías en esto. Pero al parecer ella forma parte de tu plan.

—Naturalmente, sin saberlo —sonrió Sullivan haciendo una cortés reverencia.

—¡No eres más que un canalla, una rata hambrienta a la que hay que aplastar antes de que se vuelva rabiosa!

—Me juzgas mal —siguió diciendo Sullivan con su voz bien timbrada y llena de tonalidades burlonas—. No soy más que un hombre que sabe usar su cabeza. Al darme cuenta ayer de que nos oías comprendí que era un momento ideal para modificar mis planes y desorientarte por completo. Insistí en que Violeta se marchara antes de las doce como si mi intención fuera el que ella estuviese bien lejos cuando hiciéramos el asalto. Tú creerías, por tanto, que yo lo había planeado para alrededor de las doce y no harías actuar ni a los comisarios ni al *sheriff* hasta cerca del mediodía. Pero amigo, la cabeza tiene que servir para algo, y a ti ese error te ha sido fatal. Voy a asaltar el Banco ahora, cuando Violeta Harris está dentro y tú tienes a tus comisarios desorientados y bien lejos de aquí. Nadie podrá impedir que nos salgamos con la nuestra.

—¡Te mataré, Sullivan! ¡Juro que te mataré!

—Ganas de hacerlo no te faltan, pero vas a tener que morderte los puños. Tus comisarios están ahora medio adormilados en cualquier saloon esperando que tú les avises. ¡Y ese aviso no llegará! Porque si lo que quieres es ponerte gallito te invito a que eches una miradita a mis hombres…

Mallory los miró sólo un instante, con un relampagueo de sus ojos. Los dos estaban apuntando con sus revólveres a través de las fundas.

—Lo que tú haces con Violeta Harris es indigno —rugió—. ¡No comprendo… no comprendo como ella puede amarte!

—¿Es que acaso no soy un hombre atractivo y guapo? —preguntó Sullivan con un ademán lleno de afectación.

Mallory no lo pensó más. A pesar de que le estaban apuntando.

A pesar de saber que aquellos hombres no podían perder tiempo y tirarían a matar, se arrojó contra Sullivan. Su impulso fue el de un toro acometido por un ataque de rabia. Se abrazó, a él y los dos hombres rodaron por el suelo, mientras los dos pistoleros hacían fuego a la vez. Sus dos balas sólo rozaron a Mallory, que se movía con la rapidez de un caballo desbocado. Inmediatamente, apenas su cuerpo tocó el polvo de la calle el joven se puso en pie con una salvaje contracción de todos sus músculos y levantó a Sullivan consigo. Un cruzado alucinante, estruendoso, que resonó en toda la calle hizo dar al pistolero dos vueltas por tierra, mientras sus facciones se cubrían de sangre.

Mallory supo que ahora estaba descubierto. Los dos secuaces de Sullivan le podrían acribillar tranquilamente antes de que lograra volverse hacia ellos. Pero con gran sorpresa por su parte las balas no llegaron y vio entonces que los dos hombres habían desaparecido tragados por las puertas del Banco. Sin duda que tenían órdenes muy concretas, y ahora las estaban realizando.

Se oyeron gritos en el interior del Banco, pero ningún disparo. El asalto había comenzado bien.

—¡Canalla! —rugió Mallory.

Sullivan se había puesto en pie, después de caer. Preparó los puños y avanzó hacia su enemigo. Una mueca de fanático odio crispaba ahora sus facciones alteradas por el odio.

—¡Yo te enseñaré!

—Más importante es lo que tengo que enseñarte yo a ti, Sullivan.

Movió los puños en forma de molinete y se lanzó al ataque. Nunca esperaba que el otro tomase la iniciativa, sino que una vez había decidido actuar, se movía con la velocidad de un ciclón. Y como un ciclón golpeó a Sullivan. Lo golpeó en el rostro moviendo los puños a un compás alucinante. Los impactos resonaron salvajemente en toda la plaza una, dos, o tres, cuatro veces. El rostro de Sullivan fue durante unos instantes de un lado a otro, mientras enormes manchas rojas aparecían en la piel. El bigotito y las cejas habían sido casi arrancados. Un último gancho de Mallory y Sullivan cayó como un fardo a tierra.

Mallory, jadeando, lo contempló desde arriba con las piernas entreabiertas.

—¡Levántate!

Sullivan se puso en pie poco a poco. Docenas de ojos contemplaban la escena desde los porches, asombrándose de que ninguno de los dos hubiese sacado sus armas. Un unánime grito se escuchó cuando Sullivan, tras tomar impulso con un solo pie, se lanzó contra Mallory.

Fue un golpe de suerte.

Mallory tomado de sorpresa no creyendo que su enemigo pudiera reaccionar tan pronto, recibió el golpe en medio del plexo solar. Cayó hacia atrás conteniendo un gemido mientras su enemigo reunía todas sus fuerzas y le clavaba en tierra inconsciente. Y Sullivan había echado mano al revólver para rematarle, cuando pareció recordar que la fortuna que le aguardaba en el Banco Federal era mucho más importante. Corrió hacia la puerta. Ya liquidaría a Mallory más tarde, cuando saliesen.

Pero Mallory no estuvo inconsciente ni siquiera un minuto. Mientras la gente se removía en los porches y lanzaba toda clase de gritos sin que nadie se atreviera a intervenir. Una niebla roja pasaba por sus ojos y entró en el Banco Federal, del que los asaltantes ya se disponían a salir con varias bolsas repletas. El golpe había sido de los más fructíferos, y sin hacer un solo disparo.

Pero Sullivan antes de salir, quiso aterrorizar un poco más a los ya empavorecidos empleados. Movió el revólver e hizo varios disparos contra los tabiques de madera que separaban los departamentos, a la altura de las cabezas. Y Mallory, que estaba a un lado de la puerta, vio entonces algo que le arrancó un gemido de horror.

Violeta Harris estaba tras uno de esos tabiques. Lo había presenciado todo con ojos dilatados por el terror, sin que nadie la viera a ella. Nadie excepto Mallory, que rugió:

—¡No tires, Sullivan! ¡No tires!

Pero era ya tarde. Sucedió todo tan rápidamente que mucho después, al intentar Mallory recordarlo solo rememoraría fragmentos de cosas e impresiones fugitivas. La bala, la última disparada por el revólver de Sullivan, estaba ya en camino. Esa bala atravesó el tabique y luego a Violeta Harris.

A la mujer más bonita que había al Oeste de las Rocosas.

CAPÍTULO V

Bass, el comerciante vagabundo, dio varias vueltas en su derecha a la tarjeta y luego la olió, como si así quisiera convencerse aún más de su autenticidad.

James Mallory
Agente federal al servicio del Gobierno de los Estados Unidos
Y
Ann Farwell
tienen el honor de invitarle a su boda, que tendrá lugar el día 16 de los corrientes, en la capilla de San Gabriel, de Elko

Bass murmuró:

—Qué cosas pasan en el mundo… Y me han invitado a mí. Vaya, hombre… Yo, que estoy enterado de todo, ni siquiera sabía que Mallory, el federal tenía novia.

Excitó a sus caballos e hizo que el carromato se situara en el centro del sendero. La ciudad norteña de Elko estaba cerca, apenas a una milla. Bass sabía que iba a tener tiempo de bañarse, de cambiarse y de asistir a la ceremonia hecho un brazo de mar.

Cuando estuvo delante del Prince Hotel, tiró bruscamente de las riendas.

Entró, tropezando con el dueño.

—Hola, Jim.

—Hola, Bass. No necesito nada ahora, de modo que lárgate.

—Poco a poco, amigo. Esta vez no vengo a vender nada, sino todo lo contrario. Mírame bien. Te presento a un cliente.

—¿Tú?… ¡Si tú no has pagado una habitación de hotel en tu vida!

—Pero ahora es distinto. Estoy invitado a una boda.

—¿Quién se casa?

—El federal Mallory.

—Precisamente está aquí. Acaba de llegar, y justamente se está bañando.

—¡Hombre! ¿No me podrían instalar una bañera junto a la suya? Yo también quiero ponerme como un bombón. Ya que me ha invitado, no quiero que se avergüence de mí.

—Te la instalaremos, hombre, y enseguida… Pero ¿con quién se casa?

—La tarjeta lo dice. Con Ann Farwell.

—¿Ann Farwell? Pues yo creo que nunca les he visto juntos.

—Es que los federales nunca paran en un sitio determinado. Es una profesión fastidiosa, eso no hay quien lo dude.

Y subió.

Poco después, mientras en el hotel cepillaban uno de sus trajes, él se introducía en una bañera de agua tibia, junto a Mallory, que ya estaba completamente enjabonado.

Mallory le miró con sorpresa.

—¡Bass! ¿Tú aquí?

—¿Por, qué te extraña? ¿No me has invitado a tu boda?

—Desde luego. Y temí que no vinieras.

—Yo nunca falto a esos compromisos, muchacho. Y lo hago desinteresadamente. Por cierto, habrá comilona, ¿no? Porque si no la hay me marcho.

—Creo que la habrá, Bass.

—¿Eres el novio y no lo sabes?

Es que aún no he ido a casa de Ann. Terminé anoche mi última misión y acabo de llegar.

—Ya me lo ha dicho el hotelero.

—Quizá Ann se enfade, pero es que, la verdad, no he podido hacer otra cosa.

Bass empezó a enjabonarse también.

—Oye, muchacho, no nos habíamos visto desde aquel día,

¿recuerdas? Desde lo de Sullivan.

Los ojos de Mallory se nublaron un poco.

—Sí… Lo recuerdo perfectamente.

—¿Cuánto hace de eso?

—Tres meses y dos días.

—¡Diablos, qué memoria!

—No hace falta memoria para eso, Bass. Es que es algo que no podré olvidar nunca.

—¿Qué fue de ella? Quiero decir de aquella chica.

—¿Violeta Harris? La llevé al médico. Dijo que estaba grave, pero que podría salvarse.

—¿Y qué has sabido más de ella?

—Nada.

—¿Nada?…

—Verás… —murmuró Mallory, mientras empezaba a quitarse el jabón—. Lo que ocurrió fue que enseguida tuve que perseguir a Sullivan. Se había llevado nada menos que doscientos mil dólares, y eso era en parte culpa mía. Estuve persiguiéndole sin descanso hasta que perdí completamente su pista. Luego me encargaron otros trabajos, sin dejarme descansar ni un día… hasta ahora.

Bass carraspeó.

—Pues… Oye, Mallory, yo creí que aquella chica te gustaba de verdad.

—Y me gustaba.

—Creí que no tenías novia.

—La tengo desde hace tiempo. Lo que ocurre es que Violeta hubiera impresionado a cualquier hombre, fuera este soltero, casado, viudo o difunto.

—Eso es cierto.

—Me impresionó muchísimo, Bass, más de lo que puedes imaginar, pero he tratado de olvidarla. En parte era mi deber, y en parte el trabajo me ha ayudado a ello.

—Tu novia, Ann, debe tener grandes cualidades.

—Sí. Tiene dos, fundamentalmente.

—¿Belleza?

—Belleza también tiene, desde luego. Y mucha. Pero destacan en ella la pureza y el desinterés.

—No es poca cosa.

—Sólo una chica desinteresada podría casarse con un federal como yo, que bien poco puede darle.
—Eso es cierto. Tenéis un trabajo duro, no paráis dos días en ningún sitio, y a la hora de cobrar…
Mallory se encogió de hombros, con resignación.
—¿Qué puedo decirte? En el mundo tiene que haber de todo. Incluso tontos como yo.
Salió de la bañera y empezó a secarse. Era un verdadero atleta, un ejemplar de luchador como Bass había visto pocos.
También el comerciante se dio por satisfecho con la limpieza que acababa de hacer. Sacó de la bañera su prominente barriga y empezó a secarse con cuidado y con falta de costumbre.
Poco después los dos hombres estaban vestidos y mostraban un aspecto elegante y hasta distinguido. Mallory se había hecho un traje exprofeso para la boda. Cualquier mujer hubiera pensado al verlo que era el hombre más atractivo que aquel año se había casado en Elko.
Bass se contempló satisfecho en el espejo.
—Oye… Y estando casi siempre sin ver a tu novia, ¿no te habrá engañado ella?
—¿Por qué me iba a engañar?
—No tomes mal la pregunta. Quiero decir que alguien le habrá hecho la corte.
—Sí… Creo que un estúpido llamado Muller.
—Muller es rico.
—Pero tonto.
—Eso es cierto. Se lo han dado todo hecho. Sólo al abrir la boca ya tenía la comida dentro, y así un hombre se va volviendo idiota.
—Ann me decía en sus cartas que lo detestaba —explicó Mallory —. Yo nunca me he molestado ni en tomarme a mal la cuestión. Sé que ese tipejo no es enemigo para mí.
Salieron los dos.
La iglesia estaba cerca y aparecía muy engalanada. Mallory, quien había escrito a Ann con el suficiente tiempo, ultimando los detalles, sabía que ella no tardaría en presentarse.
Entró. Y se dio cuenta, con asombró, de que la iglesia estaba ya llena. Todos los invitados en sus sitios. Y el órgano sonando.
Alguien giró la cabeza y le miró. Sonó un murmullo.

Todos los rostros se volvieron poco a poco.

Rostros recelosos, asustados, divertidos, irónicos.

Había de todo en aquellas facciones, que reflejaban la escala completa de los sentimientos humanos.

Pero Mallory no tenía ojos para ver esos rostros. No veía la iglesia. Sólo una parte de ella, una parte que consistía concretamente en el altar central.

Porque allí Ann Farwell se estaba casando ya… ¡con Muller!

CAPÍTULO VI

Mallory, el federal, sintió como una sacudida en el cráneo. Igual que si unas manos se lo estrujaran salvajemente.

Bass, a su lado, sólo pudo decir:

—Mallory, muchacho…

Era la burla más cruel, más implacable, de que podía haber sido objeto un hombre.

Ann había escogido para aquello el mismo día y la misma hora en que tenía que haberse casado con él. Quería que Mallory fuera testigo de excepción de su boda con otro. Que sufriera aquel latigazo, aquel escarmiento en su propia sangre.

Los acordes del órgano fueron cesando lentamente.

Todo el mundo se había dado cuenta de aquella situación, de aquel momento angustioso.

Ann Farwell volvió la cabeza lentamente.

En sus ojos brillaba la burla, el desprecio, el rencor.

Mallory no lo entendía, pero no se estuvo quieto. Avanzó lentamente hacia el altar entre un silencio agobiante, mientras hasta el sacerdote palidecía.

Cuando estuvo ante Ann, alzó el brazo y la sujetó por el vestido blanco brutalmente.

—Quiero hablar contigo.

Muller se engalló.

—¡Oiga usted! ¡Ella ya es mi esposa!

Mallory lo miró apenas de soslayo, con una mirada que parecía llegar desde muy lejos.

—Usted cierre la boca. Ya ha comido bastantes papillas.

—Yo… yo ci… cierro la boca cu… cuando me da la gana.

Mallory movió ahora el brazo izquierdo.

Fue un «uppercut» fulgurante, brutal. Muller voló por los aires, lanzó un gemidito y quedó sin sentido.

Ann parpadeó. Ahora en sus ojos había miedo.

—Suéltame… —balbució—. ¡Suelta!

El sacerdote intercedió.

—Éste es un lugar sagrado, Mallory —musitó—, y por otra parte esta mujer acababa de contraer matrimonio cuando tú has entrado. Respeta ambas cosas. El matrimonio es algo voluntario, en lo que tú no puedes mandar. Yo te ruego que…

Los dedos de Mallory seguían crispados sobre el vestido de Ann, que no se movía.

—Precisamente por respeto no les parto la cara a los dos —dijo el federal—. Pero necesito hablar con ella cinco minutos.

—Hijo, no intentarás…

—Le garantizo que nada va a ocurrir. Pero que nadie más moleste en ese tiempo porque juro que lo aso a balazos.

Nadie chistó.

Ni siquiera los padres y hermanos de Ann, que estaban en primera fila.

Todos conocían la puntería de Mallory y además el poder de sus puños. Estuvieron más quietos que estatuas.

El federal tiró de la mujer. Ésta se resistió en el primer momento, pero luego comprendió que era mejor ceder.

Su vestido estaba desgarrado. Dos largos jirones le llegaban desde un hombro hasta el pecho.

Mallory la introdujo en la pequeña sacristía. Allí Ann Farwell se dejó caer en el largo banco que ocupaba toda la pared.

Los dos se miraron intensamente, con sentimientos encontrados, sin atreverse a hablar.

Había tantas cosas que decir que ninguno de los dos, especialmente Mallory, encontraba las palabras.

Al fin masculló sencillamente:

—¿Por qué?

—Él me lo pidió.

—¿Qué él… te lo pidió?

—Quería burlarse de ti. Decía que le humillabas. Que no podía soportarte.

—¿Sólo… por eso?

—Sí.

—Y tú accediste…

—Ganaba mucho con ello.

En la voz de Ann Farwell no había vergüenza ni pena, sino más bien una especie de oscuro desafío.

—No te entiendo, Ann.

—Pues está muy claro. ¿Crees que me he casado con Muller porque me gustara más que tú? No, todo lo contrario. Tú me gustas mucho, y en cambio ese pobrecillo es idiota. Pero una mujer como yo no puede vivir sólo de tener un marido atractivo. Yo quiero tener la mejor casa de la ciudad, joyas, pieles, todo lo que me plazca. Poder ir a Nueva York si me apetece y alojarme en el mejor hotel. Todo esto tú no podías dármelo, porque eres simplemente un esclavo del deber, que es tanto como decir un muerto de hambre.

Mallory dijo secamente:

—Eso no me avergüenza.

—A mí, sí.

—Pero sigo sin entenderte —murmuró el federal—. Dices que ganabas mucho con esa burla. ¿Qué?

—Sabes que Muller es rico.

—Lo son sus padres. ¿Y qué? Ya se pueden meter el dinero donde les quepa.

—Él me entregó cincuenta mil dólares por el hecho de casarme. Fue una donación.

—Magnífico… —dijo Mallory, con sorna.

—Pero si lo hacía del modo que lo hemos hecho, elevaba esa suma en veinticinco mil más.

Mallory sintió como una bofetada en el rostro.

Notó que su mano se iba hacia el revólver que llevaba en la funda axilar, y Ann lo notó también. Palideció como una muerta.

—No temas, no voy a matarte —susurró él lentamente—. ¿Quién se atrevería a agujerear la bonita piel de la prostituta más cara de Nevada?

—Yo no soy… eso.

—Eres peor. He conocido muchas mujeres de esa clase que merecían respeto, y las que menos merecían lástima. Tú, en cambio, eres una puerca vestida de blanco. Creí que te conocía, pero uno no acaba de conocer nunca a las mujeres. Para mí ha sido como una

revelación brutal, como una pesadilla. Y en cuanto a Muller…

Ann dijo sombríamente, mientras le brillaban de un modo extraño los ojos:

—Por mí puedes hacer lo que quieras con él. Y, al fin y al cabo, ya he cobrado el dinero.

Mallory sintió como si le hubieran pegado un latigazo en plena cara.

Estaba pálido. Le abrumaban el cinismo y la crueldad de aquella mujer a la que no reconocía.

Claro que habían pasado últimamente un año sin verse, y una mujer cambia mucho en ese tiempo. Pero Mallory se daba cuenta de que en realidad nunca conoció a Ann Farwell, de que ella era muy distinta a como imaginó, y ahora dejaba que apareciese su fondo más recóndito, su fondo sucio y negro.

No tuvo fuerzas ni para mirarla mientras susurraba:

—Con gusto mataría a Muller, pero no puedo hacerlo en la iglesia. Y además sería todo demasiado sencillo, Ann. Demasiado hermoso. Tú rica y sin tener que soportarle… Pero no, muchacha, tú te has casado con él y tú le aguantarás. Te darás cuenta de que setenta y cinco mil dólares valen menos, muchísimo menos, que la felicidad y la dignidad de una mujer. Cada vez que sientas a tu lado a ese pobre imbécil, lamentarás no sólo haberte casado con él, sino incluso haber nacido. Le odiarás… ¡por mucho dinero que tenga! Y yo voy a dejarle vivo, Ann. Ojalá viva muchos años…

Pese a mirarla sólo de soslayo, el joven notó un rictus de contrariedad en los labios de la recién casada.

Era monstruoso, pero adivinó su intención. Lo vio claro. Si Ann aceptó aquella combinación fue por creer que Mallory mataría a Muller… una vez ella hubiese cobrado. De ese modo todo era beneficio.

Sintió tanta repugnancia que llegó a marearse. Comprendió que necesitaba salir de allí.

—No quiero decirte lo que pienso, Ann —masculló—. ¡No quiero decirte lo que pienso porque la palabra me avergüenza a mí mismo!

Ella gritó con violencia:

—¡Yo sí que te lo diré!

—¡Muy bien! ¡Habla!

—Sólo te he de decir una cosa: ¡Muerto de hambre!

Mallory encajó el insulto sin pestañear, con una estrecha sonrisa.

—Quizá algún día te demuestre todo lo contrario.

Y salió, dando un portazo.

Fuera todo continuaba tal como él lo dejó unos minutos antes. Nadie se había movido. Todos estaban en silencio y diríase que incluso habían contenido la respiración.

Mallory fue caminando de espaldas hasta donde estaba Bass, en la puerta. Bass aún estaba temblando; le temblaba hasta el vientre.

—Por favor, Mallory… Márchate de aquí.

—Eso es lo que voy a hacer.

—Pide que te destinen a otro sitio, fuera de Nevada. Creo que será mejor para todos.

—Quizá me decida. Y ahora… adiós.

Atravesó a pie la calle principal, que estaba desierta y extrañamente silenciosa. Una vez en el hotel, pidió que ensillaran su caballo y metió en un maletín a toda prisa sus ropas vaqueras y su revólver. Luego, elegantemente vestido como estaba, montó a caballo y salió al galope de la ciudad.

CAPÍTULO VII

La oficina donde estaba la comandancia de los agentes federales en Nevada, situada en Carson City, se hallaba en pleno funcionamiento aun a aquellas horas de la noche. Algunos hombres repasaban informes y otros anotaban datos sobre un enorme mapa del territorio que ocupaba por entero una de las paredes. Otro hombre de más edad, que parecía ser el jefe, miraba una lista donde tenía anotados docenas de nombres.

Un ordenanza, entró, trayendo un papel doblado.

—Señor…

—¿Qué hay?

—Telegrama de Donovan.

El jefe desdobló el papel, leyéndolo mientras una sombra de desaliento pasaba por su rostro.

—Nada aún de Mallory —comentó en voz alta.

Uno de los que estaban junto al mapa se volvió.

—¿Sigue sin aparecer?

—Se ha perdido su rastro por completo.

—No lo entiendo… Era el hombre más cumplidor que existía.

—Pues desde hace un mes no sólo no contesta los telegramas dándole órdenes, sino que es imposible localizarle, los hombres que he enviado en su busca fracasan uno tras otro; el último que se ha dado por vencido ha sido Donovan.

—Pero lo de Mallory es incomprensible… ¿Qué opina usted?

El jefe se encogió de hombros.

—¿Y yo qué puedo decir? Quizá se ha vuelto loco. Lo que más lamento es una cosa…

Y añadió lentamente:

—Tendré que pedir su expulsión a Washington…

Una semana después en la misma oficina se seguía trabajando activamente, y con el mismo clima de desaliento. Diríase que todos estaban obsesionados con la desaparición de Mallory, el mejor federal que hasta entonces habían tenido en Nevada; diríase que no les importaba nada más que aquello.

Dos nuevos telegramas llegaron también aquella noche. El jefe los abrió uno tras otro.

—Se sigue sin noticias de Mallory —dijo en voz alta, tras leer el primero—. Hunter, el mejor rastreador que tenemos, dice que no se le ha visto en parte alguna, y si Hunter lo dice hay que creerlo.

Desdobló el segundo, e hizo un gesto de contrariedad.

A pesar de que él mismo lo había pedido, por ser reglamentario en casos como el de Mallory, el resultado de su gestión le desalentaba.

—Ya se ha recibido respuesta de Washington —dijo, también en voz alta—. Ante la desobediencia y la desaparición de Mallory, se le expulsa y se le retiran todas sus atribuciones. Mallory ha dejado de ser federal. Y, lo que es peor, ha dejado de ser nuestro camarada…

Todos los que estaban en la oficina de Carson City se hubieran sorprendido de verdad caso de saber lo cerca que estaba Mallory. Y se hubieran sorprendido más aún caso de saber la de veces que había pasado a poca distancia de aquella oficina.

Pero Mallory no recordaba en absoluto a sus antiguos compañeros. No pensaba que había arruinado una carrera honrada y leal. Estaba como obsesionado, siguiendo una pista.

Mallory sólo había tenido dos fracasos en su vida, pero los dos tan importantes que sabía que no iba a olvidarlos jamás: el de Sullivan y el de su prometida, Ann Farwell. Sullivan robó en sus propias narices una cantidad que no había sido recuperada aún, Ann se burló de él delante de toda la ciudad de Elko, aunque ahora, al tener que vivir junto a Muller, fuese la victoria de su propia burla.

A Mallory se le había metido una idea fija en la cabeza, una idea que no le dejaba vivir:

Resolviendo una cosa, resolvía la otra. Si encontraba a Sullivan, lo demás quedaría resuelto por sí solo.

Y por eso buscaba a Sullivan como un obsesionado. Durante más de un mes había estado indagando, atando cabos, enterándose de

noticias sueltas que poco a poco iban dándole una idea real de la situación.

Se enteró, por ejemplo, de que Sullivan había despedido a sus dos ayudantes, y que a uno que se puso tonto lo envió al infierno de una bala. Y que desde entonces no había hecho más que retirarse hacia California, procurando pasar la frontera del estado sin que nadie se enterara, y sin cometer ningún otro delito.

Eso, para Mallory, era una señal bien clara. Si Sullivan no cometía ningún otro delito era porque consideraba que ya tenía bastante para retirarse un par de años. Es decir, que llevaba encima los doscientos mil dólares de su último robo.

Diríase que esa cifra obsesionaba a Mallory.

Soñaba en ella. Soñaba con el momento en que cayera sobre el fugitivo y su maletín lleno de crujientes billetes.

Ahora, mientras en Washington ya habían decidido su expulsión, cosa que él ignoraba —y a la que además no hubiera dado importancia—, él estaba sobre la pista segura de Sullivan.

Sabía que iba a encontrarse un día después, en el linde norte del bosque llamado de Suelwes, con un falsificador que le entregaría documentación amañada, a fin de que con ella pudiera llegar sin novedad a San Francisco e incluso tomar uno de los buques que iban a las islas del Pacífico, y donde, según se decía, la vida era maravillosa.

Mallory se presentó en el lugar indicado media hora antes del momento de la cita. No tardó en ver aparecer al falsificador, que iba acompañado por otro tipo armado con un rifle.

Mallory les dio el alto y los otros no obedecieron, tratando de hacer uso de sus armas. Fue peor.

Un momento después los dos eran cadáveres.

Mallory ocultó sus cuerpos en el bosque y luego esperó. Le dominaba la impaciencia, a pesar de saber que Sullivan sería puntual. Los minutos se le hacían interminables.

Al fin oyó el rumor de un caballo que se acercaba lentamente. Mallory se puso en guardia.

El crepúsculo ya lo tenía todo de un color ceniciento, pero los objetos y los hombres aún se distinguían perfectamente. Eso le permitió ver con claridad a Sullivan.

El forajido avanzaba confiado, pero no por eso dejaba de estar

atento. Miraba a todas partes, como sorprendido de que el falsificador no hubiera salido a su encuentro aún.

—¡Clark! —llamó—. ¡Clark!

De pronto oyó a su espalda el ruido inconfundible de un martillo de revólver al alzarse. Sufrió como un espasmo, pero no hizo ningún movimiento para defenderse. Sabía que el otro —fuera quien fuese—, le estaría apuntando ya.

La voz a su espalda dijo poco a poco:

—Las manos en alto.

—Me parece… que te conozco.

—¿Sí?

—He oído esa voz en alguna parte.

—Muy bien, ahora mismo lo comprobarás. Baja del caballo por el lado derecho y sin mover las manos. Luego puedes volverte.

Sullivan lo hizo así.

Descendió de un salto, pero sin iniciar ningún movimiento sospechoso.

Al ver a Mallory allí, quedó materialmente helado.

—Tú…

—De verdad pareces muy sorprendido, Sullivan.

—No lo entiendo. No he dejado detrás de mí ninguna pista…

—De eso casi puedes estar seguro. Me ha costado mucho trabajo encontrarte, porque te has movido con astucia. Pero ahora estás aquí y ya no escaparás. Suelta el revólver.

La mano derecha de Sullivan descendió poco a poco hasta la culata.

Sus facciones se habían endurecido, hasta convertirse en una máscara pétrea.

—Estoy dispuesto a defender mi piel, Mallory.

—Pues harías muy mal porque yo te estoy apuntando ya. Y no pienso darte ninguna oportunidad.

—Me odias con toda tu alma, ¿verdad?

—Eso ya no importa.

—Me odias, lo noto en tus ojos. Y tienes motivos, eso no lo discuto. En primer lugar, te hice quedar en ridículo, cosa que no había sucedido nunca. En segundo lugar, lo que ocurrió con Violeta Harris, mi amiguita, te llegó hasta el alma. Ella te gustaba.

—No.

—Vamos, hombre, ¿por qué mentir?

—¡Ninguna mujer me importa ya un comino! ¡Que se vayan todas al infierno!

Mallory dijo aquello con tanta rabia que Sullivan quedó como petrificado. Ignoraba los motivos, pero desde luego el hombre que ahora tenía enfrente no era el mismo que aquél a quien el conoció.

—No hay que ponerse así… —murmuró.

—Suelta tu revólver.

—Sullivan apretó rápidamente los labios.

Trató de calcular cuántas posibilidades tenía de vencer a su enemigo, pero enseguida se dijo que ninguna. Nada podía hacer ante un tirador tan seguro como Mallory, que además le estaba apuntando a la distancia de cinco pasos.

Obedeció. Con dos dedos sujetó el revólver y lo dejó caer a los pies de su enemigo.

Éste lo envió bien lejos de un puntapié.

—Ahora vuélvete.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Mallory?

—Ya lo verás.

—Me entregarás a tus jefes, supongo. Soy una buena pieza para un cazador como tú.

—No pienso entregarte.

Sullivan palideció.

—Entonces… ¿vas… a matarme?

—Eso es cosa mía. ¡Vuélvete!

—Mallory, no te entiendo. Yo nunca he visto que mataras a nadie por la espalda.

—Tampoco voy a matarte, no temas.

—¿Pues qué pretendes?

—Tú llevas encima doscientos mil dólares.

Sullivan rechinó los dientes, mientras sus facciones se volvían súbitamente rojas.

—¿Qué infiernos quieres? ¡Va a resultar que eres tan ladrón como yo!

—¡Vuélvete!

A Sullivan le pareció que el otro dispararía si él se negaba a obedecer. De modo que se volvió poco a poco.

No había terminado de hacerlo cuando recibió aquel culatazo en

la nuca.

Si bien el impacto fue terrible, Sullivan no perdió el conocimiento del todo. Pero procuró disimular y cayó a tierra pesadamente, lanzando un gemido. Le convenía que su enemigo le creyera abatido y que se confiara.

Mallory guardó el revólver.

Pensó que Sullivan ya tenía bastante. No se recuperaría al menos en diez minutos, y entonces él ya estaría lejos.

Se dirigió hacia el caballo del forajido, que ramoneaba por las cercanías. Palpó las carteras que colgaban a ambos lados de la silla y luego las abrió. El dinero estaba muy bien repartido entre ambas. Los billetes, nuevos y crujientes, parecían no haber sido tocados aún, desde el día en que fueron robados.

Descolgó las bolsas y las dejó en el suelo. Luego dio una palmada a las ancas del caballo, para que se alejase, y así Sullivan no tuviera montura cuando recuperase el conocimiento.

En la silla, Sullivan tenía un gran adorno en plata, el cual pasó fugazmente, como un espejo, ante los ojos de Mallory.

Éste lo vio en fracciones de segundo. Todos sus nervios saltaron.

A su espalda, Sullivan se estaba incorporando poco a poco. Inclinado, extraía un revólver que por lo visto llevaba oculto en la caña de su bota.

Fue todo tan instantáneo que un testigo apenas se hubiera dado cuenta de lo que sucedía. Sullivan logró poner el revólver en línea de tiro, mover el seguro de que iba provisto y amartillarlo. Mallory se volvió con la velocidad de un rayo.

Ya llevaba el revólver en la funda, de modo que necesitó «sacar». Pero aun así fue más veloz que su enemigo.

Dos detonaciones rasgaron el aire. Las dos brotaron del «Colt» de Mallory.

Sullivan recibió los balazos en el pecho y cayó hacia atrás. Soltó su pequeño revólver, llevándose las manos a la doble herida.

El ex federal avanzó poco a poco hacia él. No tiró más.

Sabía que las heridas eran mortales, pero aun de lo contrario tampoco hubiera apretado el gatillo contra un enemigo caído.

Poniendo rodilla en tierra, alzó un poco la cabeza de Sullivan.

—Has hecho mal en querer matarme por la espalda —murmuró—. Sabías que, si yo me daba cuenta, reaccionaría así.

—Esperaba… que no te dieses cuenta.

—Sullivan… Siento que aprendas esta lección ahora, cuando ya es demasiado tarde. Pero uno no siempre tiene la suerte de ser el más listo.

—Lo… comprendo… Esta vez el más listo… has sido tú. Te engañé una vez… pero… no se puede engañar dos veces… al mismo hombre.

—Cree que lo siento, Sullivan.

—Más… lo siento yo. Pero… no te guardo rencor, Mallory. Estas cosas… tienen que suceder… Prefiero que hayas sido tú… y no otro.

Dejó caer la cabeza a un lado, completamente sin fuerzas, y un momento después había expirado.

Mallory lo tendió en tierra poco a poco. Habían ocurrido muchas cosas últimamente y muchos cambios se produjeron en su alma, pero lo cierto era que aquella muerte no la buscó él. Y que sentía que Sullivan ya no fuese más que un cadáver… y una leyenda. Una leyenda más, como las muchas de los bandoleros rápidos e infalibles que aún perduran en todos los rincones del Oeste.

Se irguió poco a poco. Bien… Era mejor olvidar aquello. No tenía tiempo que perder.

Porque ahora habían cambiado mucho las cosas.

Contaba con doscientos mil dólares.

CAPÍTULO VIII

La doncella, una mujer madura y fuerte, muy almidonada, le dijo con energía:

—¡Acabo de advertirle que no puede usted pasar! ¡Primero he de anunciarle a la señorita!

—¡Usted y la señorita se pueden ir al infierno!

Le dio un empujón y la dejó sentada en uno de los divanes. La doncella enseñó las piernas muy en contra de su voluntad, pero eran tan feas que no valía la pena volver la cabeza.

Mallory abrió la puerta que daba al salón.

Ann murmuró:

—Pero ¿quién se atreve a…?

Quedo petrificada al ver allí a Mallory. Su boca se abrió con una mueca casi cómica.

—Tú…

Mallory cerró la puerta a su espalda.

Durante algunos instantes se produjo un intenso silencio. La mujer lo miraba como si él fuese una aparición.

Al fin balbució:

—¿A qué… has venido?

—Quería preguntarle si eres feliz.

—Demasiado sabes… que no.

—¿Dónde está esa monada de tu marido?

—Ha salido a cazar.

—¿Hombres?

—¡Qué cosas preguntas! Ha salido a cazar li… liebres.

—Dudo que sirva para otra cosa. Lo que me extraña es que no cace moscas.

Ella cerró las manos sobre la tela del diván en que estaba

sentada.

—No hace falta que te burles de él —susurró—. Demasiado sé lo ridículo que es.

—Pero lo elegiste…

—Ya te he dicho que él me hizo una donación de… de…

—No hace falta que lo repitas. Setenta y cinco mil dólares.

—Sí. Setenta y cinco mil dólares.

La voz de Ann había sido firme, desafiante. Sabía que sólo pronunciando aquella cifra humillaba a Mallory, que jamás podría reunirla.

Añadió secante:

—¿No te marean tantos ceros, muerto de hambre?

—Mira a ver si te marean éstos a ti.

Y arrojó a los pies de la mujer las dos bolsas que llevaba en la mano derecha, las cuales estaban abiertas. Los billetes se desparramaron en todas direcciones, cubriendo la alfombra.

Ann estaba como helada.

Sin embargo, sus facciones habían enrojecido.

Miraba aquella fortuna sin acertar a comprenderlo y sin creer aún que fuera una realidad.

—¿Qué significa esto? —balbució.

—Esto significa doscientos mil dólares.

—¿Quieres… burlarte de mí?

—No estaría de más hacerlo, pero no es esa mi intención. Me aburren las burlas que demuestran falta de ingenio, como la que tú hiciste. Y si crees que los billetes son falsos, palpándolos te convencerás de lo contrario. Tú entiendes mucho de eso.

Ann palpó uno de los billetes, en efecto. Sus dedos temblaban de codicia.

—Mallory. ¿Son tuyos?

—Sí.

—Siempre pensé que llegarías lejos.

—Pues lo disimulabas muy bien.

—La separación hizo que tú y yo no nos entendiéramos, Mallory. Sólo fue eso.

—Sí, nena.

—Pero aún estamos a tiempo de deshacer nuestros errores. No hay nada que sea irremediable.

—No, nena.

Ella se removió como una gata.

—Sabes lo que siento por Muller.

—No lo sé, pero lo imagino.

—Me da más asco cada día, un asco infinito. Además, es idiota.

—No sabes cuánto lo siento.

—Es incapaz de hacer feliz a una mujer. Carece de energía. Lo han mantenido siempre a la sopa boba.

—No se puede tener todo. Él, con el dinero, ya posee bastante.

—Mallory, si tú quisieras…

—¿Si yo quisiera qué?…

Ella se tendió un poco en el diván, cruzando las piernas. Se preocupó de que la exhibición fuera convincente para cualquier hombre, y en especial para uno como Mallory, que llevaba semanas sin ver ni de lejos a una mujer.

Realmente Ann tenía las piernas bonitas. Era la muchacha más ambiciosa, pero también la más distinguida de Elko. Y la más tentadora.

Mallory ni siquiera parpadeó.

—¿Eres de piedra? —susurró ella.

—No.

—¿Pues entonces de qué?

—De corcho.

—No seas tonto, Mallory… Tú siempre me has interesado. Ahora podríamos empezar de nuevo.

—¿Quieres decir que por doscientos mil dólares serías capaz de hacer cualquier cosa?

—Fugarme con el hombre a quien amo no es «cualquier cosa».

—Pues lo de la fuga se te ha ocurrido bastante tarde.

Ella acentuó aún más la exhibición, perdiendo todo recato.

—Mallory, tú no me entiendes… Yo no quería casarme con un hombre pobre, pero ahora es distinto.

—Claro, ahora ya no soy pobre.

—No me entiendes… Yo siempre te he querido…

Y avanzó hacia él, fingiendo una pasión profunda. O quizá sintiéndola de verdad, porque hay mujeres que se derriten ante el dinero, y además son sinceras. Trató de besar a Mallory, pero éste movió apenas la mano derecha.

Sujetándola por debajo de la barbilla, la levantó en vilo. Y luego la hizo volar por el aire, lanzándola sobre el diván, donde la recién casada quedó con las piernas al aire y la boca abierta.

—¡Mallory! —gimió.

—No necesitas hacer comedia, mi vida. Lo has conseguido con más facilidad de lo que creías. Ya ves, los doscientos mil machacantes son tuyos. Te los regala… un muerto de hambre.

Y salió bruscamente de la habitación, dando un portazo, mientras ella gritaba otra vez:

—¡Mallory!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Mallory guardaba la carta en el bolsillo, y la leyó otra vez. No lo hizo porque necesitara enterarse de su contenido, ya que lo conocía de memoria, sino para distraerse un poco con algo que no fuera la contemplación del monótono paisaje.

La carta decía:

> «Señor Mallory, he cumplido sus dos encargos, aunque no comprendo qué pretende con ellos. Tiene las escrituras a su disposición en mi casa. El importe de ambas es de diez dólares. Muy atentamente le saluda su afectísimo: Flanagan, notario de la ciudad de Elko».

El joven guardó la carta en su bolsillo, mientras dejaba que el caballo fuera al paso.

Aquella misma mañana había escrito la respuesta, entregando el sobre al mayoral de la diligencia que iba a Elko. Recordaba perfectamente el breve texto:

> «Le quedo muy agradecido, señor Flanagan. Encontrará en este mismo sobre los diez dólares que le adeudo. Le ruego conserve las dos escrituras hasta que yo se las reclame. Muchas gracias. Atentamente suyo, s, s.
>
> »Mallory».

Luego el joven se pasó una mano por la boca.

La verdad era que tenía sed, y por allí no había trazas de agua. Se había estado metiendo en un lugar de Nevada que no conocía bien, cercano a la frontera de Utah.

Vio entonces, a buena distancia, un bosque, detrás del cual había unas montañas tapizadas de verde. Toda aquella vegetación indicaba la existencia de agua.

Espoleó levemente a su caballo.

El caballo inició el galope. Mallory le dejó ir a su aire durante media milla.

Pero luego le clavó espuelas otra vez, deseando llegar antes.

Porque acababa de oír disparos en la distancia, en el punto hacia el cual se dirigía.

En el lindero del bosque, junto a un río, había una casa. Estaba muy bien construida, con troncos perfectamente cortados y pintados, y además con dos paredes de piedra. Cerca había una cuadra, y los campos que rodeaban todo aquello eran jugosos y verdes.

Tres hombres lo estaban atacando con rifles, batiendo todas las ventanas. Y desde el interior sólo una persona contestaba, y encima muy espaciadamente. Se notaba que no tenía municiones y le interesaba ahorrarlas.

Los atacantes ocupaban excelentes posiciones. No podían ser alcanzados por el tirador que estaba dentro de la casa, y al propio tiempo ellos podían batirle con toda comodidad.

El resultado de la lucha no ofrecía dudas para un hombre experimentado como Mallory.

Los tres atacantes se irían acercando, y entonces los del interior no tendrían ángulo de tiro ni posibilidades de defensa.

Mallory se pasó otra vez la mano por la boca.

No sabía quién vivía allí, pero no le gustaba aquello. Y menos le gustaba aún el aspecto de los tres tipos que atacaban la casa.

De una forma repentina se decidió a intervenir. Mientras sacaba el revólver gritó:

—¡Eh, vosotros!…

Uno de los atacantes se volvió. Pudo ver a Mallory a unas treinta yardas.

Y su única respuesta consistió en enviarle una bala que por poco

agujerea la cabeza del ex federal.

Éste no perdió el tiempo. Ya que las cosas estaban así, él seguiría la broma.

Disparó una sola vez. A pesar de que la distancia era un poco larga para revólver, acertó de lleno. Su enemigo se contorsionó, alcanzado mortalmente, y quedó crispado junto a la pila de sacas de paja que le protegía.

Los otros dos sólo le vieron caer. No se volvieron para ver quién era el que atacaba.

Les interesó más salvar el pellejo poniendo pies en polvorosa. E hicieron bien, porque Mallory estaba dispuesto a disparar un par de veces más. Una vez la puntería tomada, era casi seguro que aquellos dos tipos también habrían rodado por tierra.

Pero Mallory no disparó contra dos enemigos que huían dándole la espalda y a los que no había visto jamás. Guardó el revólver mientras miraba en torno suyo.

No se veía a nadie más. El campo estaba despejado.

Desde el interior de la casa ya no disparaban más. Debían haberse dado cuenta de lo sucedido, o quién sabe si querían seguir con su economía de balas.

Mallory descabalgó y se acercó sin prisa. Fue entonces cuando vio a aquel hombre tendido sobre la hierba.

Estaba caído de bruces y se sujetaba con ambas manos el pecho, donde parecía tener una herida.

Mallory corrió hacia él. Se inclinó y le dio la vuelta para verle mejor.

Era un hombre que ya debía frisar los cincuenta, con aspecto bondadoso e inteligente. Vestía muy bien, pero sin ostentación. Toda su camisa era ya una enorme mancha de sangre.

Le miró con ojos que se iban volviendo vidriosos.

—¿Quién… es usted? —balbució.

—Me llamo Mallory, pero mi nombre no importa. Soy un amigo. ¿Qué le ha sucedido?

—Me dispararon… por sorpresa.

—¿Aquellos tres tipos?

—Sí…

No hacían falta muchas palabras. El hombre debía estar ante la casa, al descubierto, cuando aquellos granujas aparecieron de

repente y dispararon a mansalva.

Ahora Mallory lamentó haber liquidado a uno solamente. Pero ya era tarde.

—Le llevaré a la casa.

—No… ni me mueva. Demasiado sé yo… que esto es el fin… Llama a mí…

No llegó a decir más…

De repente ladeó la cabeza y quedó espantosamente quieto. Su muerte le recordó a Mallory la de Sullivan, no supo por qué. Y es que quizá todas las muertes del mundo se parecen.

Le cerró los ojos.

El ex federal no sabía qué pensar y no sabía tampoco dónde se había metido, pero existía un hecho evidente: un hombre acababa de morir entre sus brazos y él necesitaba hacer algo.

Lo levantó, dirigiéndose a la casa.

La puerta de ésta se abrió poco a poco.

Un hombre armado con un rifle apareció en el umbral. Debía ser el que disparaba antes, por cierto, con escasa puntería, y procurando economizar munición.

A Mallory le pareció reconocerlo, aunque no estaba seguro. Fue al hallarse más cerca de él cuando dijo en voz alta:

—¡Ray!

El hombre que estaba en la puerta le miró con extrañeza. No llegó a reconocerlo hasta unos instantes después.

—Mallory… Es increíble.

Mallory depositó el cadáver en una larga mesa, junto a la entrada, y sólo entonces miró en torno suyo.

Se dio entonces cuenta de que sus sorpresas no habían terminado.

Porque había dos mujeres más en aquel lugar. Y una de ellas era… ¡Violeta Harris!

Menos mal que Mallory ya había dejado el cadáver sobre la mesa, porque de lo contrario lo hubiese dejado caer a tierra, tan grande fue su asombro.

Él ya sabía que Violeta Harris tenía que estar viva, puesto que en Carson City la llevó al médico en sus propios brazos, después de recibir aquella bala enviada por Sullivan, ciertamente sin saber adónde apuntaba. El médico había dicho en aquella ocasión que la

herida no era mortal, pero que requeriría una larguísima temporada de recuperación, ya que el plomo había afectado a uno de los pulmones.

Violeta también le miraba intensamente. Parecía tan asombrada como él.

—Hacía un siglo que no nos veíamos… —fue todo lo que se le ocurrió decir.

Verdaderamente, en aquellas circunstancias, era difícil decir otra cosa.

—Ignoraba dónde estabas —susurró Mallory—. Desde que tuve que irme de Carson City, dejándote en manos de aquel médico, no sabía qué había sido de ti.

Violeta fue a contestar algo, pero no pudo hacerlo.

Sus ojos se clavaron en la segunda mujer, que, inclinándose sobre la mesa en que yacía el cadáver, acababa de depositar un beso en una mejilla de éste.

Mallory tuvo ocasión de fijarse bien en aquella mujer, aunque en ese momento no merecía para él ningún interés especial.

Le pareció muy joven. ¿Veintidós años? ¿Veintitrés? En todo caso tenía edad para ser la hija del muerto, y eso fue lo que le pareció a Mallory. Una hija, además, condenadamente hermosa.

En cuanto a Ray, continuaba en silencio, mirándole fijamente y sin soltar el rifle.

—Creo que nos has salvado, Mallory —dijo, hablando a continuación.

—Ha sido por casualidad.

—Pero, sin ti, no sé qué hubiera ocurrido.

—Pues es probable que os hubieran cazado, porque si no tenías más arma que esa…

—Ninguna más. Ya lo ves: un hombre y dos mujeres.

—Pero antes eras temible con un rifle, Ray. Podías hacer frente a un regimiento. ¿Qué ha sido de tu puntería? Me ha dado la sensación de que algo fallaba en ti y de que los disparos no eran demasiado buenos.

—¿Algo fallaba? ¿Y cómo no, si tengo el brazo derecho medio paralizado? Apenas puedo sujetar el rifle, que me tiembla al disparar.

—¿Quién te hirió?

—Un tipo llamado Lug.

—Lug… —dijo Mallory sordamente—. El infierno sea con él.

—Pues quizá tengas ocasión de verle más adelante, porque sus hombres eran los que nos atacaban.

—¿Es posible? ¿Con esa tranquilidad?

—La tranquilidad pueden tenerla, porque esto queda muy aislado. Normalmente nadie hubiera podido venir en nuestra ayuda.

—Eso es cierto —reconoció Mallory—. Ya te he dicho que mi llegada ha sido pura casualidad.

—Balearon por sorpresa al doctor Kimball, que estaba en el jardín, y por poco llegan hasta la puerta de la casa —explicó Ray—. Menos mal que los vi y pude reaccionar a tiempo.

Mallory se fijó en que Ray llevaba un pañuelo al cuello, colocado de manera que lo tapaba casi por completo. Era una cosa un poco antinatural y que le llamó la atención.

—¿Por qué te tapas el cuello de ese modo, Ray?

—Por nada.

—Diríase que te han ahorcado alguna vez…

—¡Eso a nadie le importa! —gritó furiosamente Ray.

Mallory se dio cuenta de que quizá había dicho algo que no convenía decir. Y susurró:

—Perdona.

Durante unos momentos se produjo entre los dos hombres una situación tirante y extraña, situación que Violeta Harris cortó al murmurar:

—Creo que deberíamos ocuparnos de otras cosas, entre ellas de enterrar al doctor Kimball.

—Eso es cierto. Yo lo haré —susurró Mallory.

—Es que en realidad no puede hacerlo nadie más que tú. Nosotras somos mujeres, y en cuanto a Ray le es difícil valerse de su brazo derecho.

Mallory asintió con una cabezada.

Miró a la hermosa mujer que antes había visto besando una de las mejillas del muerto.

—Lo siento —murmuró—. Acepte mi pésame por la muerte de su padre, señorita.

Ella arqueó una ceja.

Tenía los labios rojos y pulposos, y los ojos de un inquietante

color gris.

—¿Mi padre? —murmuró.

—¿No... no lo era?

Ella guardó silencio, desviando la mirada de aquellos inquietantes ojos grises. Fue Violeta Harris la que se lo explicó:

—Jeanne no es la hija del doctor Kimball —dijo en voz baja—. Es su esposa, o mejor dicho, ahora es su viuda.

Un federal es un hombre acostumbrado a la acción al aire libre, y no un diplomático que sabe disimular sus emociones. Por eso Mallory no pudo ocultar la extrañeza que todo aquello le causaba. Quizá debió mirar con demasiado asombro a Jeanne, porque ésta se creyó obligada a preguntar:

—Le parecemos un matrimonio muy desigual, ¿no?

—Pues... Bueno, la verdad... En eso del amor siempre he oído decir que no hay edades.

—No se trataba de amor, sino de admiración —explicó ella—. Y también un poco de interés. Eso nunca lo he negado.

Mallory se encogió casi imperceptiblemente de hombros.

—Yo nada le he preguntado, Jeanne —murmuró—. Sólo le ruego que me disculpe por mí equivocación, que ha sido provocada por la juventud de usted. Y ahora, si me lo permiten, voy a enterrar al muerto. Creo que es lo primero.

—¿Con tanta prisa? —murmuró Violeta, sorprendida.

—Son las costumbres de la llanura —explicó Mallory—. ¿Para qué dejar a la intemperie un muerto por el que nada se puede hacer, salvo devolverlo a la tierra? Porque la soledad y el peligro nos enseñan simplemente eso: que antes de lo que creemos volveremos a ella.

Tomó el cadáver en sus brazos nuevamente y salió de la casa.

Notó que todos lo seguían. Por descontado, ya no se veía ni rastro de los pistoleros.

—He matado antes a un hombre —dijo Mallory—. ¿Puedo enterrarlo con el doctor?

—No hay inconveniente.

—¿Dónde les gustaría que descansara?

—Junto a aquel ciprés —indicó Jeanne—. Es un buen sitio.

En efecto, en el lugar indicado se respiraba una plácida paz. Mallory depositó los cuerpos en el sitio elegido, y Ray le trajo una

pala. No le resultó difícil remover la tierra húmeda, cubierta de hierba.

Mientras tanto, Ray preparaba una tosca cruz.

Una hora después los dos cadáveres estaba convenientemente sepultados, y la cruz colocada.

Todos habían presenciado en silencio la piadosa operación. Hubo un momento en que aquel silencio llegó a ser obsesionante; no se oía ni el susurro del viento.

Ray preguntó, antes de que se retiraran:

—¿Qué piensas hacer, Mallory?

—Quizá me quede aquí… Unos días.

—¿Para qué?

Mallory le miró, algo sorprendido.

—¿Te molestaría que me quedase?

—Por tu bien, será mejor que te vayas.

—¿Y si vuelven los hombres de Lug?

—No me refería a eso.

Mallory estaba algo sorprendido, porque no comprendía a qué podía referirse su antiguo compañero. Pero decidió guardar silencio y seguir con su primera idea: quedarse unos días allí no le sentaría mal. Llevaba demasiado tiempo vagando como un forajido al que persigue la Ley. Y su caballo también estaba necesitado de un buen descanso.

Poco más tarde comían en silencio, en un silencio que era natural después de lo que había sucedido. Apenas intercambiaron unas cuantas palabras sobre el estado del tiempo y sobre lo bien que se presentaban aquel año las cosechas para los campesinos de los alrededores. La comarca era fértil, por lo visto, después de las interminables comarcas desérticas que había atravesado Mallory.

Éste, después de la comida, hizo algo que no solía hacer nunca: dio un paseo por las cercanías y recogió unas cuantas flores, con las que hizo un ramo.

Poco más tarde lo depositaba junto a la cruz, en la tumba donde reposaba el doctor Kimball.

Cuando estaba terminando de hacer aquello, una voz dijo suavemente a su espalda:

—Me sorprende, Mallory —repitió Jeanne.

—¿Por qué?

—Nunca había visto a un pistolero tener esas delicadezas.

—¿Y quién le ha dicho que yo sea un pistolero?

—Eso se nota.

Él se encogió de hombros, mientras trataba de sonreír.

—Bueno, quizá sea así… Pero en todo caso soy un pistolero al servicio de la Ley.

—Lo era.

—¿Qué quiere decir?

—Sé que lo expulsaron de los federales.

Él hizo un triste gesto con la mano derecha.

—Sí, eso es cierto… Tuve lo que se llama una honda crisis interior. Durante meses vagué buscando algo, sin hacer caso de las llamadas de mis jefes. De muchas de ellas ni siquiera llegué a enterarme. Era lógico que me expulsaran.

Jeanne asintió con la cabeza.

—No fue sólo eso.

—¿No?

—Ahora se le busca por ladrón. Su cabeza está a precio.

La verdad fue que la noticia sorprendió a Mallory. Le sorprendió, pero no tanto como él mismo hubiera creído. Desde que mató a Sullivan y se apoderó de los doscientos mil dólares, sabía que eso podía suceder. Siempre se deja algún cabo suelto, alguna pista. Como federal sabía que muchos hombres fueron cazados contando con menos huellas de las que él seguramente dejó.

Ella continuó en voz baja:

—Mató a un forajido llamado Sullivan.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿Cómo lo han averiguado?

—Por las balas que había en su cuerpo. Eran del calibre reglamentario usado por los federales. Todo el mundo sabía que usted buscaba a Sullivan. Y además, alguien le vio por allí muy poco antes de que éste muriera.

Mallory no contestó.

Una tempestad de pensamientos azotaba su cerebro.

Ella siguió lentamente:

—Todo el mundo sabía también que Sullivan llevaba unas bolsas de cuero en su silla, bolsas que seguramente contenían doscientos mil dólares.

—Es posible —dijo Mallory, sin comprometerse.

—Las bolsas fueron halladas tiradas cerca de Elko… pero sin un billete.

El ex federal se mordió levemente el labio inferior.

En Elko vivía Ann, a la que había entregado el dinero. Por lo visto, Ann fue tan estúpida que no tuvo la precaución de ocultar las bolsas. Se había limitado a abandonarlas, sin pensar que la gente podía fijarse en eso.

Al fin miró a Jeanne fijamente.

—Sabe muchas cosas —dijo.

—Todo lo que le he dicho.

—¿Y por qué medio ha llegado a saberlo?

—Por el más sencillo del mundo: por el periódico. Cualquiera que haya leído el Utah Journal se habrá enterado de que todo el mundo busca a Mallory, antiguo federal que se ha pasado de repente al otro bando. Constituye usted una de las mayores distracciones de los lectores de este estado, aunque no se lo haya propuesto. La gente se apasiona por su caso, créame.

El joven se mordió el labio inferior, mientras la tempestad de pensamientos en su cerebro se hacía más y más terrible.

—¿Todo el mundo? —susurró.

—Ya sé a qué se refiere.

—¿Han leído eso Ray y Violeta Harris? —preguntó Mallory bruscamente.

Ella denegó con la cabeza, mientras una estrecha sonrisa asomaba a sus labios.

—Esté tranquilo, porque ellos no saben nada. El periódico lo recibía mi marido, y era tan distraído que lo perdía en cualquier parte antes de que los otros lo leyeran. El que publicaba la información que le digo, lo encontré yo. Los demás no llegaron a leerlo.

—¿Qué hizo con ese periódico?

—Lo guardé.

—¿Por qué? La información no podía interesarle demasiado. Usted no me conocía.

—Pero publicaban un dibujo de su rostro. Y me gustó.

Mallory cerró los ojos un momento.

—¡Qué tontería! —dijo secamente.

Y enseguida añadió, mirando a la mujer:

—Destruya ese periódico.

—Tiene miedo a que lo lean las otras dos personas que están aquí, ¿verdad?

—Podría ser.

—Claro que podría ser. Violeta Harris era la novia de Sullivan y jamás perdonará que usted le haya dado muerte. En cuanto a Ray, es un cumplidor implacable de su deber, que además está furioso porque se ve herido y tiene la sensación de ser un inútil. En cuanto sepa que usted está reclamado, que es un forajido como los otros, le detendrá.

Mallory meditó amargamente en las últimas palabras que la muchacha acababa de pronunciar.

«Un forajido como los otros…»

Sí, eso era él ahora. Un hombre a quien un hombre justo e implacable, como Ray, tenía derecho a cazar.

Sin decir una palabra, echó a andar hacia la casa.

Ella le siguió.

Sin decir una palabra caminaron por la fina hierba, envueltos en el silencio, en aquella paz a la que Mallory no estaba acostumbrado, pero que le hacía ver la vida más dulcemente.

—Destruya ese periódico —dijo en voz baja.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Nada se ganará porque Ray y Violeta Harris sepan quién soy realmente.

—Violeta Harris… Parece preocuparse mucho por ella. ¿Es que le interesa esa mujer?

—La conocí hace tiempo.

—Pero ¿le interesa?

—No quiero proporcionarle disgustos inútiles. Eso es lo único que sé y lo único que puedo decirle, Jeanne.

Ella se estremeció levemente, imperceptiblemente.

—Jeanne… —susurró—. Él nunca me llamaba así.

—¿Cómo la llamaba?

La mujer se encogió de hombros.

—¡Bah! ¿Eso qué importa?… Ahora está muerto.

CAPÍTULO II

Ray paseaba nerviosamente, con las manos en los bolsillos.

Hacía ya un día que Mallory estaba allí, y apenas habían hablado. La noche les envolvía ahora. Ray estaba nervioso, tocándose sin cesar con la izquierda el brazo derecho herido.

Al fin masculló.

—Das pocas explicaciones, Mallory.

—¿Explicaciones sobre qué?

—Sobre tu vida actual. ¿Adónde vas? ¿Qué misión tienes?

—Ninguna.

—¿Ninguna? ¿Cómo es posible?

Mallory miró con atención a su antiguo compañero, mientras sonreía tristemente.

—Ray, más vale que hablemos con franqueza. Te he estado observando y noto tu nerviosismo. Tú sabes que he sido expulsado por el Gobierno de los Estados Unidos.

Ray le miró con cierta sorpresa detenidamente en sus paseos.

—Sí… Lo sabía —reconoció.

—Por eso me aconsejaste que marchara.

—Sí. Fue por eso.

—¿Por nada más?

Ray lo miró con extrañeza.

—Claro que por nada más. ¿Por qué otra cosa había de ser?

—No… Por nada.

Mallory había entrecerrado un momento los ojos. Pensó en lo que ocurriría si Ray, que era un severo cumplidor de su deber y jamás había desobedecido una orden, llegaba a saber, que había obligación de capturar a Mallory vivo o muerto.

—Hay cosas en ti que aún, no entiendo —dijo, para desviar la

conversación—. ¿Qué te ocurre en el cuello? No me lo quisiste enseñar porque las dos mujeres estaban delante, ¿verdad?

—Sí. Claro que era por eso.

—Pero ¿qué te sucede?

Ray dijo bruscamente:

—Lug me ahorcó.

—¿Queeeeé?

—Mira.

Y se quitó bruscamente el pañuelo, mostrando en el cuello la profunda señal de la cuerda.

—Lug me hirió en el brazo derecho y luego me ahorcó —dijo con voz ronca y amarga, como si el solo recuerdo ya fuera terriblemente doloroso para él—. El hecho de que esté vivo ya es como un pequeño milagro.

—Desde luego. Nunca he visto ningún ahorcado que sobreviviera.

—Yo debo la vida a que en aquel momento pasaron por allí cuatro jinetes —dijo Ray—. Unos instantes más y ya no lo cuento. Pero Lug no se atrevió con cuatro y decidió emprender la huida. Entonces me libraron de la cuerda, evitando poco que se me rompiera el cuello.

Volvió a colocarse el pañuelo y añadió, con expresión ya más calmada:

—De todos modos, poco parecía que podría hacerse por mí, ya que estaba a punto de morir. Creo que durante semanas me debatí al pie de la tumba. Cuando empezaba a sentirme mejor, pero todavía muy débil, conocí al doctor Kimball.

—¿Quién era exactamente ese hombre? ¿A qué se dedicaba?

—El doctor Kimball era un médico de fama. Había ganado mucho dinero años antes, realizando operaciones dificilísimas, pero ya estaba cansado de la vida en las ciudades, y decidió retirarse al campo. Ésta era su casa.

Mallory miró en torno suyo.

—Es bonita. Pero me parece demasiado sencilla para un hombre de la posición que tú dices.

—Ya te he indicado que estaba harto de la vida en las ciudades. Podía subsistir gracias a sus considerables rentas, y vino aquí. Para no perder del todo el contacto con su profesión, se dedicaba a

cuidar a algún herido que estuviese muy mal, como por ejemplo Violeta Harris y yo. Ambos éramos sus únicos pacientes.

—Comprendo. Y me parece una obra muy meritoria.

—No todo el pueblo opina igual.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Su esposa estaba aburrida.

—Había entre ellos mucha diferencia de edad, ¿no?

—Sí, pero había algo más. Jeanne nunca ha negado que se casó con el doctor Kimball por su dinero. Esperaba una vida brillante y respetable en las mejores ciudades del país, y quedó petrificada cuando él decidió retirarse como un pequeño terrateniente. No se separó de él para no dar un escándalo, pero tengo entendido que dormían separados.

Mallory desvió la mirada.

—Triste situación —dijo—. Ella es muy hermosa.

—Demasiado. Pero, en fin, éste no es asunto nuestro. Y ahora dime qué vas a hacer.

—Me quedaré unos días. Hasta que Lug ataque de nuevo.

—Puede tardar mucho —advirtió Ray.

—Pero me gustaría saber qué es lo que pretende con todos esos ataques.

—Es sencillo.

—Yo no lo veo tanto…

Ray chascó dos dedos.

—¿Te has dado cuenta de que aquí hay dos mujeres muy hermosas…?

—Pero ¿es posible…?

—Es posible todo lo que tú quieras, tratándose de un tipo como Lug. Lleva demasiado tiempo merodeando por esta zona y sin ver a una mujer. A estas dos las desea con todas sus fuerzas. Y aparte de ello podrá hacer un negocio más adelante, porque le será fácil venderlas.

Las poderosas mandíbulas de Mallory encajaron secamente.

—¿Se atrevería a eso?

—¿Qué puedo decirte? Tú lo sabes mejor que yo. La venta de mujeres es un magnífico negocio en según qué estados.

—De acuerdo, pues que venga a buscarlas. Puede que se encuentre con una sorpresa que no espera. Que se encuentre con

una mujer a la que en todas partes llaman igual: Muerte…

Mallory pensó que quizá Lug atacaría por la noche. Después de lo sucedido, no le convenía exponerse a una batalla que podía costar la vida a sus mejores hombres.

En consecuencia, había que ver cuáles eran los puntos flacos de aquella casa y establecer unos turnos de guardia entre Ray y él. No podían exponerse a una sorpresa.

Daba vuelta al edificio, entre las sombras de la noche, cuando una voz murmuró muy cerca de él:

—¿Está de inspección, Mallory?

Era una voz caliente, espesa, ligeramente ansiosa.

Mallory se volvió.

Jeanne estaba muy cerca de él, con sus labios pulposos y sus inquietantes ojos grises.

Sí, estoy de inspección —dijo—. No me gustaría que nos atacaran otra vez, y menos de noche.

—¿Es difícil defender esta casa?

Sí y no. Depende de cómo se esté preparado.

Ella cambió de tono. Mientras adelantaba un paso su voz se hizo más íntima, más suave.

—Por lo tanto ¿vas a quedarte aquí?

—Sí, eso creo.

—¿Te das cuenta de que corres peligro?

—Lo he estado corriendo desde que nací.

—Todos los hombres, que he conocido hasta ahora eran más prácticos que tú —dijo Jeanne.

—¿En qué sentido?

No les gusta el plomo. Tú parece que disfrutes con él.

—He nacido entre revólveres —dijo Mallory, como queriendo justiciarse.

—Pero eres distinto.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho.

Antes de que Mallory se diera cuenta, ella avanzó un paso más. Y entonces ocurrió algo que no había sucedido nunca, y que creyó que jamás llegaría a suceder.

Fue Jeanne la que le besó. Fue Jeanne la que se colgó ardientemente de su cuello, poniendo en sus labios otros labios

golosos.

Pese a sus opulentas formas, era ágil y sensual. Se la podía comparar a una llama.

Mallory se desprendió lenta y suavemente, pero con fiereza de aquellos labios que ardían.

Desenroscó los brazos que aprisionaban tan dulcemente su cuello.

—Siempre había besado yo a las mujeres —dijo con voz lenta—. Nunca ellas a mí.

—Porque no habías tropezado con una chica como yo.

—Eso desde luego.

—Parece como si lo dijeras en sentido despectivo…

—No, no… Yo nunca he despreciado a una mujer. Pero no puedo olvidar que ayer enterramos a tu marido.

Ella se apartó bruscamente, apretando los puños, como si hubiera escuchado una palabra maldita.

—Nunca lo fue —barbotó.

—¿No estaríais casados?

—Sí, pero era distinto.

—Yo no veo las «distinciones» en un caso así.

—No le quería.

—Entonces, ¿por qué cometiste la estupidez de casarte con él?

—No fue una estupidez. Yo contaba con su dinero.

—Mal hecho.

—¿Por qué? Podía haber pasado una vida brillante en las mejores ciudades del país. Ser una mujer elegante, respetada y distinguida. Eso era lo que yo tenía derecho a soñar.

—Pero te salió el tiro por la culata, ¿eh? A él se le ocurrió traerte aquí…

—Nunca se lo perdonaré.

—El tiro por la culata sale muchas veces en situaciones como ésta —murmuró Mallory—. Una renuncia a la juventud a cambio del dinero, y luego resulta que no tiene ni una cosa ni otra.

—Nunca le perdonaré eso a Kimball. Nunca…

—Incluso debías odiarle, ¿no?

—En efecto, yo creo que le odiaba.

—Lo noté con sólo ver el beso que le dabas en la mejilla. Era lo más helado que he visto en mi vida.

—Pero contigo es distinto —dijo Jeanne, con la misma voz espesa—. A ti no cuesta ningún trabajo amarte. No puedes imaginarte lo que es no haber tratado a un hombre de verdad en toda la vida. Por eso te pido que me beses…

Y enroscó otra vez los brazos al cuello de Mallory, pero éste la rechazó firmemente.

—Esto terminó, Jeanne.

—¿Es que me rechazas?

La vos era mitad sorprendida y mitad rencorosa. Sin duda Jeanne no lo comprendía.

—Piensa lo que quieras.

—Pero… ¿Por qué? ¿Es que no te gusto?

—Me gustas mucho.

—Entonces…

Mallory dijo bruscamente:

—Me recuerdas a otra mujer.

—Una mujer… a la que debes odiar.

—No, no la odio. Ni siquiera, eso. Ahora sólo me inspira un poco de pena y otro poco de repugnancia.

Rechinaron los dientes de Jeanne, en parte por el deseo que la dominaba y en parte por el brutal sentimiento de frustración que empezaba a apoderarse de ella.

—Pero yo no soy esa mujer… —Musitó—. ¡Yo soy distinta!

—Te equivocas. Sois tan iguales que podíais haberos amamantado en la misma cuna. Y ahora vuelve a tu mundo de siempre, Jeanne. Trata de encontrar la paz porque conmigo no encontrarías más que muerte.

Rechinaron de nuevo los dientes de la mujer, pero ahora con un principio de odio.

—Nunca me habían rechazado, Mallory.

—Quizá porque nunca te habías ofrecido.

—No. Ésta es la primera vez. Y por eso me duele tanto que un pistolero rehúse mis besos. Nunca te lo perdonaré.

—Lo siento, Jeanne, Pero nunca una mujer volverá a convencerme, y menos una mujer como tú.

—¿Cómo… yo?

—Bueno, no he querido ofenderte.

—¿Es que me insultas encima?…

—Te acabo de decir que no he querido ofenderte, Jeanne. Pensaba en otra cosa.

La mirada llameante —y, sin embargo, tan gris—, penetró bajo su piel, buscándole en la noche.

—Pagarás esto, Mallory. Te juro que lo pagarás.

—¿Por qué?

—Te he dicho que nunca te perdonaría. Me has humillado. Hasta lo más hondo, hasta lo más entrañable.

—En ese caso olvídalo. Es un buen consejo.

—El que nunca podrás olvidarlo serás tú, Mallory.

Él se encogió de hombros, casi imperceptiblemente.

—Adiós, Jeanne —dijo dando media vuelta—. Algún día te darás cuenta de que has cometido una tontería y te reirás de ti misma.

Ella seguiría mirándolo con ojos llameantes, pero al cabo de unos minutos Mallory ya había conseguido olvidarla.

CAPÍTULO III

Mala cosa cuando una mujer le dice a uno «que se acordará». Normalmente uno tiene luego motivos para acordarse. Y de verdad.

Mallory empezó a experimentarlo al día siguiente. Había pasado parte de la noche en vela, previendo un posible ataque, y por la mañana, después de afeitarse, pasó al lujoso salón de la casa.

Allí solamente estaba Violeta Harris.

Sin quererlo, Mallory recordó la primera vez en que la había visto, cuando Sullivan aún vivía. Había momentos en que tenía la sensación de que habían transcurrido siglos desde entonces. Cuando todo empezó, Mallory era uno de los federales más respetados por las autoridades de Washington. Ahora, sin embargo, se le buscaba como a un forajido.

Los ojos de Violeta Harris se clavaron en él.

Eran unos ojos duros, penetrantes, casi metálicos, como Mallory no recordaba haber visto nunca.

—Buenos días —dijo suavemente.

Y en aquel momento Violeta se abalanzó hacia él.

Mallory lo notó en el último momento. Ella llevaba un cuchillo en la mano izquierda.

La hoja de acero voló en línea recta hacia su corazón. Sólo la enorme experiencia de Mallory logró evitar la cuchillada que de otra forma hubiera sido mortal. Detuvo la muñeca de la muchacha en el último segundo.

Ella le golpeó con el otro puño, mientras le miraba con ojos desencajados.

—Quieta, fierecilla.

—¡Maldito perro rabioso! ¡Le mataré, aunque sea la última cosa que haga en mi vida!

—Pero ¿por qué? ¿Qué te ocurre? ¿Es que te has vuelto loca?

—¡Tú pagarás la sangre que derramaste! ¡Pagarás por la muerte de Sullivan!

Mallory quedó helado.

Le tembló la mano izquierda, y por poco suelta la derecha de Violeta Harris. Eso hubiera sido fatal para él, porque la muchacha aún conservaba el cuchillo y forcejeaba rabiosamente por clavárselo en el pecho.

Aquellas palabras habían bastado a Mallory para comprenderlo todo. La venganza de Jeanne se le apareció tan clara como si la estuviera viendo con sus propios ojos.

Ella había mostrado el periódico que guardó. Pero ¿sólo lo había mostrado a Violeta Harris? ¿O quizá también a…?

En aquel momento Ray apareció en la puerta.

Su expresión era impenetrable. Llevaba la funda al lado izquierdo, porque apenas podía mover el brazo derecho. Pero aun así resultaba temible, sobre todo teniendo en cuenta que ya descansaba los dedos en la culata.

Con voz seca ordenó:

—Déjelo, Violeta.

Ella se revolvió.

—¿Es que aún lo defiende? ¡Demasiado se ve que son lobos de la misma camada!

—No le defiendo, Violeta.

Y mientras sacaba el revólver dijo con voz que sonó igual que un disparo:

—Mallory, quedas detenido en nombre de la Ley.

Fue entonces cuando Violeta dejó caer el cuchillo. Cuando la muchacha se dio cuenta de que en realidad no le incumbía resolver el asunto a ella, sino a Ray.

Éste apuntaba directamente al corazón de Mallory.

—Date preso —repitió.

Mallory sonrió tristemente.

—Te han enseñado el periódico, ¿no?

—Eso es lo de menos. Lo único que yo sé es que estás reclamado y que se te busca.

—¿Y vas a detenerme tú?

—Yo u otro cualquiera. ¿Qué importa?

—Podrías dejar al menos que te explicara, Ray.

—Lo que sea lo explicarás ante un tribunal.

—Siempre fuiste un perro de presa, muchacho… Pero ahora, a lo que veo, eres peor.

—¿Peor por qué?

—Necesitas un éxito que te rehabilite. En el fondo tienes mucho miedo de que te den el retiro, de que te sitúen en un archivo, a rellenar fichas, como un inútil. En cambio, un éxito, precisamente ahora, te acreditaría de nuevo. Dime: ¿es eso lo que buscas?

Sus ojos miraban implacables a Mallory, como si éste no fuera un ser humano.

—¿Y qué, si fuera así? —barbotó.

—Cometerías un error.

—Tonterías. Quizá el error lo cometiera si te matase, pero no al entregarte a las autoridades. Ante el juez podrás decir lo que creas mejor en tu defensa.

Mallory hizo un gesto cordial con las manos.

—Ray, yo quisiera explicarte…

—No tienes nada que explicar.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—Sí. Es el fin para ti.

—¿Y aun así vas a entregarme?

—Inapelablemente.

Mallory se pasó un momento la derecha por los ojos mientras sonreía con tristeza.

—Me gustaría encontrar algo para hacerte cambiar de opinión, Ray. Quizá si tú me permitieras explicarte lo que sucedió…

—A mi no necesitas explicarme nada. Y lamento mucho lo que ocurre, Mallory, pero cumpliré con mi deber ciegamente.

—¿Pese a saber que me hundes?

—A pesar de eso. Y te diré algo más, Mallory.

—Está bien, dilo.

—Sólo te podrás librar de mí sí, me matas. O si en tu lugar me mata alguien.

—Lo doy por descontado. ¿Pero qué vas a hacer? ¿Vas a entregarme enseguida?

—Sí.

—¿Y a dejar a dos mujeres solas a pesar de Lug?

—Puedo estar de vuelta por la noche.

—Pero ellas correrán un peligro inútil…

—No debo pensar en eso.

Otra vez una sonrisa triste asomó a los labios de Mallory.

—Lo que pensaba… Un perro de presa y un ciego cumplidor de su deber, Lo siento por ti, Ray. Quizá algún día averigües que el ser un poco humano también conviene a veces.

—¡Déjate de tonterías! ¡Y suelta tu «Colt»!

Mallory desciñó lentamente su cinto. No diría nada más a aquella especie de máquina de hacer cumplir la ley. No suplicaría.

El cinto y el revólver cayeron a tierra. Con aquel sonido parecía quebrarse toda una etapa de la vida de Mallory.

—Estoy a tu disposición, Ray —musitó.

—Acércate.

Mallory fue a obedecer, pero en ese momento todo cambió para los dos. Fue como si el mundo entero se hundiese en torno suyo.

Capítulo IV

La botella de nitro había sido lanzada desde muy cerca, desde unos ocho desde la ventana. El líquido explosivo, muy utilizado entonces por los mineros, les hubiera matado a todos, o por lo menos dejado sin sentido, caso de haberse roto la botella dentro de la habitación.

Con eso contaba el que la lanzó, al parecer. Pero el cristal resistió el choque y la botella estalló justamente en la ventana, convirtiéndola en añicos.

Nada sucedió, sin embargo, a los que estaban dentro, gracias a que la explosión fue relativamente lejana. Sólo Ray salió despedido hacia una pared, mientras lanzaba una imprecación, y Violeta Harris cayó al suelo.

Mallory fue el único que permaneció inconmovible. Y al instante se dio cuenta de lo que sucedía.

Lug había vuelto al ataque, y ahora había tratado de hacerlo con más astucia, asegurando el golpe.

Sus hombres ya estaban casi en la ventana. Por lo que vio eran cinco, es decir, una buena tropa.

Mallory aulló:

—¡A tierra!

Él mismo se abalanzó sobre Violeta Harris, para protegerla con su cuerpo. Las balas, una auténtica tromba de plomo, pasaron altas e hicieron astillas la puerta que había el otro lado.

Al caer, Mallory ya había recuperado su revólver y tiró con él, sin sacarlo de la funda.

El pistolero que ya estaba en el marco de la ventana dispuesto a vaciar sus revólveres hacia el interior, recibió el plomo en mitad justamente de los ojos. Cayó hacia atrás como si un puñetazo lo

hubiera derribado y, desde luego, ya no volvió a reaparecer.

Los otros se dieron cuenta de que la sorpresa había fallado. Retrocedieron presurosamente.

Pero eran cuatro hombres los que estaban atacado la casa, aunque la situación ya no fuera tan desesperada como llegó a parecer al principio.

Violeta Harris, que estaba prácticamente bajo él, le miró con sus grandes ojos muy abiertos.

—Déjame…

Él se apartó.

—No tengo inconveniente. Ahora lo peor ya ha pasado.

—¿Por qué has intentado salvarme? A ti te convenía que muriera.

—Quizá sí, pero no lo he pensado. Por el contrario, lo que he sentido en ese momento ha sido una cosa muy distinta.

—¿Puedo saber qué?

—Sólo por el hecho de odiarme ya he visto que eres una mujer honrada.

—No te entiendo. Creo que te has vuelto loco.

—Yo sí, que me entiendo. Tú has permanecido fiel a la memoria de Sullivan y has tratado, de vengarle. Has sabido respetar el amor que sentiste por él. No creas que todas las mujeres son capaces de la mismo.

Le acarició, muy suavemente una mejilla y susurró:

—Aunque seas de otro, nunca dejaré de admirarte, Violeta Harris.

Ella le miraba asombrada.

No le comprendía bien, pero le parecía que sólo con aquellas palabras algo desconocido se había abierto para ella. Algo que no era capaz de definir, pero que le parecía hermoso.

Durante aquellos breves instantes la situación se había mantenido estacionaría. Los pistoleros de Lug tiraban contra la ventana, pero sin asomarse por ella.

Mallory se sentía completamente frío, sereno.

Contó la frecuencia de los disparos y trató de identificar el sonido peculiar de cada revólver.

Tiraban tres hombres.

Y él había visto que quedaban cuatro pistoleros.

Eso indicaba qué uno de ellos estaba intentando entrar por otro sitio, aprovechando el que sus compañeros absorbían toda la atención de los defensores.

Mallory se arrastró hasta la puerta, con el revólver en la derecha.

Ray debía haber caído en la trampa de los atacantes, porque tiraba contra la ventana, sin preocuparse de otra cosa. Se volvió al oír marchar a Mallory.

—Quieres huir, ¿eh?

Mallory no se molestó en contestar.

Sabía que se exponía a un balazo, y en efecto Ray volvió el revólver hacia él.

—¡Te dije que sólo te librarías de mí si alguien me mataba!

Fue a tirar, con la intención de herir en una pierna a Mallory, pero en aquel momento algo más urgente atrajo su atención.

Uno de los pistoleros había aparecido en la ventana. Apuntaba ya a Ray.

Éste logró desviar el revólver y disparar a tiempo. No alcanzó a su enemigo, pero evitó ser baleado. El pistolero se retiró presurosamente, con un ala de sombrero rota.

Mientras tanto, Mallory había salido fuera de la habitación.

Se puso en pie. Avanzó presurosamente, pero sin hacer el menor ruido, hacia una de las dos puertas exteriores de la casa.

Ésta se abrió de repente.

El pistolero que había contado con sorprenderles, se encontró de repente cara a cara con él. Empezó a lanzar un aullido de rabia, mientras alzaba el revólver.

Mallory disparó dos veces antes de que el otro lograra apretar el gatillo. Su enemigo se contorsionó, como si una fuerza monstruosa lo sacudiera atrás y adelante. Cayó a los pies de Mallory, y éste comprendió que ya no necesitaba disparar de nuevo.

Si sus cálculos iniciales no habían fallado, quedaban tres enemigos, contando a Lug.

Miró hacia arriba y pensó que había un buen sitio para cazarles por sorpresa.

El tejado de la casa.

Había una trampilla en el pasillo y, Mallory no perdió el tiempo. Tomó una silla, subió a ella, y alzó la trampa, viendo un pedazo de

cielo.

Se puso el revólver entre los dientes, para tener las manos libres, y se izó por el hueco. Unos momentos después salía al exterior y resbalaba por el tejado.

Alguien gritó abajo:

—¡Cuidado! ¡Allí!

Era otro de los pistoleros de Lug, que se había situado a cierta distancia de la casa. Llevaba un rifle y lo alzó.

Mallory disparó. Los dos lo hicieron a la vez, pero sus balas se perdieron en el vacío. Demasiada rapidez en aquellos dos hombres, cuyas posturas, además, eran violentas.

El pistolero desapareció. Mallory se dio cuenta de que también a él le había fallado la sorpresa.

Pero no estaba dispuesto a renunciar a su plan. Le buscarían en una vertiente de aquel tejado y él aparecería por la otra.

Subió hasta el vértice de aquel tejado y se deslizó. Unos instantes después las balas restallaban en el lugar del cual él acababa de escaparse.

Saltó a tierra.

No había ningún enemigo en aquel lado de la casa. Llegó hasta el ángulo que formaba la esquina y asomó la cabeza.

La retiró al instante, con una rapidez que una mirada humana no hubiera sido capaz de seguir.

Casualmente uno de los pistoleros estaba mirando hacia aquel sitio cuando él apareció. Lanzó una maldición y tiró velozmente.

La bala mordió en el ángulo de la casa.

—¡Allí!

Ahora Mallory era el centro de atención de los pistoleros, que no se preocupaban de otra cosa. Si Ray hubiera sido un hombre en plenitud de sus facultades, habría aprovechado sin duda aquella ocasión para atacarles por otro lado. Pero Ray no comprendió que estaba perdiendo la mejor oportunidad y se mantuvo quieto, vigilando la ventana. Eso hizo que Mallory tuviera que enfrentarse a todos.

Pero era lo que quería. Dio un salto y penetró por una de las ventanas de la planta baja, que estaba abierta.

Allí aguardó, con el revólver a punto. Sabía que alguno de sus enemigos pasaría por delante.

Así fue. Unos instantes más tarde, uno de los forajidos, sorprendido al doblar el ángulo y no encontrarle, avanzó pegado a la fachada. Ni siquiera llegó a distinguir aquella ventana tras la cual le aguardaba la muerte.

Mallory hizo:

—¡Chist!

Cuando el otro se volvía, recibió un balazo en el corazón. Cayó pesadamente, doblado sobre el alféizar.

Mallory se pasó una mano por la boca.

En fin, la situación ya no era tan mala.

Asomó la cabeza, oteó el horizonte y volvió a salir. Ignoraba dónde estaban sus enemigos, pero éstos tampoco tenían ni idea de dónde estaba él.

Era una especie de batalla de ciegos. Vencería el que tuviera mejor pulso.

Ahora fue él quien avanzó pegado a la fachada, pero eso sí, teniendo buen cuidado con las ventanas.

Siempre que encontraba una, se inclinaba y pasaba agachado por debajo del alféizar.

Llegó a la próxima esquina. Los disparos se oían muy cerca. Parecían retumbar dentro de su cabeza.

Asomó velozmente con el revólver por delante. Vio a otro de los pistoleros, pero éste también le vio a él.

Pareció como si los dos fueran a disparar a la vez. En realidad, sólo resonó una detonación.

El forajido dio una vuelta sobre sí mismo, mientras lanzaba un grito. Soltó el arna.

Mallory respiró hondamente. Pensó que había matado a Lug, al que conocía bien. Pero al acercarse vio que el cadáver no era el del famoso pistolero.

Entonces, ¿dónde estaba Lug?

De pronto Mallory se estremeció.

La ventana… La misma ventana por la cual había entrado él…

Corrió pegado a las paredes de la casa, para llegar a aquel sitio. Vio que, en efecto, alguien había apartado el cuerpo que estaba doblado sobre el alféizar. Lug había necesitado hacer aquello para entrar por allí.

Sigilosamente, Mallory entró también.

Al llegar a la puerta de la sala donde había empezado todo, se estremeció. Porque Violeta Harris estaba pegada a una de las paredes, mirando hacia la ventana destrozada. Y en cuanto a Ray, se asomaba a ésta, extrañado por el repentino silencio.

Ninguno de los dos veía al hombre que estaba ya en la puerta.

Ninguno sospechaba que Lug iba a balearles tranquilamente, empezando por Ray, al que estaba apuntando ya.

Un rapidísimo pensamiento pasó por la mente de Mallory: «Déjale hacer… En cuanto mate a Ray tú no tendrás que volver a preocuparte de nada…»

Lug iba ya a disparar.

Sólo necesitaba menos de un segundo, una fracción, de tiempo que no podía ni medirse.

Sonó una detonación.

Y Lug cayó de repente al interior de la habitación, con la cabeza atravesada, sin soltar el revólver.

Ray se volvió con la velocidad de una fiera. Sus ojos desencajados se clavaron en la figura de Lug.

Luego subieron poco a poco. Subieron para clavarse en Mallory, que aún estaba quieto allí, con el revólver humeante.

Se hizo un terrible, un repentino silencio. Un silencio que sólo Ray rompió con un soplo de voz.

—Podías haber esperado un instante —dijo—. Sólo un instante y serías un hombre libre.

Mallory no contestó.

Poco a poco, en silencio, entregó su revólver a Ray.

Éste le miró con ojos turbios. Sus labios temblaban levemente.

Y entonces su cabeza se movió. Se movió para negar poco a poco.

—No, Mallory —musitó, yo no hago eso, muchacho. Guarda tu revólver y márchate de aquí. Ojalá… tengas la suerte que mereces.

Mallory tampoco contestó.

Sólo tendió la mano a Ray, que se la estrechó en silencio.

—Vete, muchacho.

El ex federal asintió lentamente.

Salió de la casa y fue a la cuadra. Muy cerca de allí vio a Jeanne, que lloraba apoyaba en una de las paredes. Pero no le dijo una palabra. Aquél era, al fin y al cabo, el destino que ella buscó.

Montó a caballo lentamente. Y cuando lo estaba haciendo, notó que alguien le miraba desde la puerta.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó una voz que conocía muy bien.

Él miró apenas a Violeta Harris.

—Como quieras, muchacha. Me gustaría que llegaras a olvidar una pesadilla que hubo en tu vida.

—Hace poco eso me parecía imposible —murmuró ella—, pero ahora quizá vea las cosas de otro modo.

Cuando Mallory salía montado de la cuadra, ella saltó ágilmente a lomos del corcel de uno de los forajidos, montando de costado.

Durante largos segundos los dos se miraron en silencio, sin urna palabra.

Tenían la sensación de que no hacía falta decir nada. De que sus vidas eran como dos caminos paralelos que se encontraban al fin.

—Mallory —musitó ella al fin—, yo creo que olvidaré mi pesadilla, pero hay algo que me dolerá siempre: que no pueda recuperar los doscientos mil dólares y que de ellos se aproveche otra mujer.

—No lo creas —dijo él suavemente.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Cuando Sullivan robó los billetes del Banco, éstos estaban numerados en la oficina, como es costumbre. Se podía seguir su pista, pero Sullivan no los sacó hasta que todo se olvidara un poco. Cuando yo me hice con ellos, los llevé al notario de Elko y le hice levantar acta de su numeración, bajo secreto profesional. Luego los entregué a Ann.

—Pero… ¿y eso qué…?

—Es sencillo, Violeta. Ann quería fundar un Banco con ese dinero, para librarse de Muller, su marido. Yo sabía que ésa era su ambición porque la conocía bien. Y para fundar el Banco no tenía más remedio que comparecer ante el mismo notario de la ciudad de Elko con aquellos billetes, cuya numeración también se anotó, ya que eran el capital del muevo establecimiento. Ahora yo sólo tengo que hacer una cosa: decir dónde están esos billetes, y Ann no tendrá más remedio que devolverlos. Le va a hacer muy poca gracia, desde luego, porque quedará arruinada y tendrá que volver junto a Muller. Pero yo quedaré libre de toda culpa. La verdad era que quería darle esa lección.

Acarició un momento el cuello de su caballo y añadió:

—Además, ganaré algo, en el sentido material.

—¿Algo? ¿Qué?

—Lo que el Banco de donde Sullivan robó me dará gustosamente cuando los billetes sean devueltos.

—¿Y en qué consistirá?

Mallory dijo suavemente:

—En casi nada, muchacha. En los intereses de doscientos mil dólares…

FIN